

Marcelo Báez Meza

Catador de arenas

Premio Único Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil
(IX Concurso Nacional de Literatura, Casa de la Cultura
Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 2005)

A la amorosa memoria de
María Rosalía Meza Jervis
(1949-2009)

con versos de José Lezama Lima:

*Ah, mi amiga, si en el puro mármol de los adioses
hubieras dejado la estatua que nos podía acompañar...*

*El hombre vive el sino y concibe la causalidad,
la lógica de lo producido según causa y efecto;
pero la mujer es sino, es tiempo, es la lógica orgánica
del devenir mismo, el tiempo mismo
habla en ella. El hombre hace la historia; la mujer
es la historia.*

Oswald Spengler

1

Es poco posible imaginar la pesadilla que puede llegar a ser no tener pesadillas. La expulsión del paraíso del reposo. Nunca soñar. Nunca más bostezar. Como en una historia de Edgar Allan Poe. *Never more. Never more.* Despertar un día y nunca más volver a dormir. La tortura de estar en el *sfumato* de un insomnio perpetuo, recostada, exhausta, pero con los ojos inevitablemente abiertos a la realidad, escuchando a los grillos, a los pájaros, a ese archivo de sonidos tan frecuentes de la noche, e imaginar que alguien detiene por un momento tu sueño para decirte al oído: —Te voy a contar la historia de una mujer que no podía dormir.

2

El libro como tumba. La portada: su lápida. Los epígrafes se leen cual inscripciones sobre el mármol. La lectura se convierte en un ritual fúnebre. El escribiente fungiendo de oficiante de una liturgia. Escribir para que no se pierdan los hechos y darle al Tiempo un entierro digno de cualquier literatura. Escribir para impedir que todo llegue a ser una pequeña historia de sobremesa o un farfullar en un pasillo. Sería mejor no decir, no escribir, callar, como pasa cuando alguien pregunta la hora y uno se queda con la voz en blanco, ya sea porque el reloj no funciona, está retrasado o simplemente porque uno no quiere contestar a tan cotidiana pregunta.

Sería lo mejor: dejar que todo pase de largo, pero este pedazo de historia necesita un testimonio. ¿Quién determina esa necesidad? La misma vivencia. Hay que escribirla a mano para no trivializarla en un papel mecanografiado o informatizado. El problema es que si llegara a publicarse no aparecerá en letra de *manuscibiente*.

Los caracteres desfilarán ante nuestros ojos en esas galeras bien ordenadas, tan ajenas a la realidad donde todo es desigual y nada es uniforme.

Todo empezó una noche, en una esquina cualquiera, en el centro de una ciudad portuaria. Que nadie piense que esta historia tuvo lugar en la capital de algún país. No, también hay cosas capitales que suceden en ciudades de menor importancia, con dos personajes que tienen exactamente veintidós años. Él, un diseñador gráfico de una de las agencias de publicidad que mejor facturan en el medio; ella, cerca de graduarse de sicóloga en un país europeo. Él, un viajero inmóvil; ella, una turista accidental que será abordada con una frase en inglés que aquí será transcrita en español:

—¿Puedo ayudarla?

3

Escribir como si se complaciera un requerimiento. Escribir porque siempre hay alguien que se acerca y dice:

—Conque tú eres escritor. Entonces tienes que escribir sobre mí. La historia de mi vida es digna de un libro.

Las historias sobran, pero casi todas son comunes y silvestres, indignas de estar entre renglones con una tipografía adecuada y el punto de letra preciso.

Nunca falta alguien que dice con desprecio después de haber escuchado de qué trata el último libro publicado:

—No deberías escribir sobre esas cosas, mejor escribe sobre mí. Te juro que es la mejor novela que podrías hacer.

Y, en la réplica, uno pide que se precise el significado de la palabra *novela* y es usual escuchar fruslerías como ésta:

—Una novela, como las que pasan en la tele por la noche.

No falta quien aconseja la forma en que debe ser narrada:

—Hazlo en tercera persona, e inventa que encontraste unos manuscritos detrás de un reloj de pared. Di que todo lo transcribiste de esos documentos que tienen un siglo de escritos. Así te lavas las manos.

Pero muy de vez sin vez, uno se encuentra con alguien que tiene algo poco convencional que compartir:

—Yo te haré contar la historia de un reloj de arena.

4

¿Dónde se guardan las cosas que uno quiere más? ¿En un cofre? ¿En un vaso griego? No, en un libro. Como si cada anécdota fuera un recorte que se inserta cuidadosamente en las páginas centrales, se lo acomoda de manera delicada, temiendo dañar el papel que luego se arrugará por el paso del tiempo. Los escritores tienen la obligación de consignar las cosas más preciadas en un libro. Anotarlas de manera precisa, aunque la exactitud no sea un atributo de los días en que se termina de escribir esta novela-reloj. Usamos perífrasis, evasivas, somos impuntuales, generalizamos constantemente, nos expresamos de manera confusa, casi siempre ambigua y pervertimos las palabras; en el caso de la escritura, empleamos figuras literarias, usamos una palabra larga cuando en realidad podemos insertar una corta, nos olvidamos de suprimir palabras innecesarias, imbricamos un adjetivo a un sustantivo que no lo necesita, escribimos frases desgastadas, prefabricadas, preciosistas, que se convierten en meras alucinaciones retóricas. Creamos una escritura que en nada se parece a lo que vivimos o pensamos. Es la misma inexactitud que sucede cuando nos preguntan la hora y decimos que son las cuatro, cuando en verdad son las tres y cincuenta y seis minutos con dieciocho segundos.

5

Después de conducirla hacia el hotel, él la invita al Café Santiago, esa especie de escondrijo aburdelado de seudointelectuales que nunca terminan de escribir o leer un libro, pintores de brocha gorda que se creen Rembrandt, catadores del ocaso y de la vida ajena, belicosos lectores de tabloides, vendedores de lotería y naufragos sentimentales. Ella no puede decir que no, quizás porque le parece inevitable un gesto de gratitud hacia el extraño que la ha conducido al Hotel Nadir.

—Me voy a dar una ducha y enseguida bajo—anuncia ella mientras él piensa cómo matar el tiempo durante la espera.

Es preciso detenerse en esta frase: *Matar el tiempo*.

La cuestión es el revés: El tiempo lo mata a uno.

De su maleta extrae *El libro del reloj de arena* de Ernst Jünger. Lo abre y deja que las páginas asesinen los minutos que tardará ella en bajar.

Mientras la espera, él llama desde su teléfono móvil a la oficina para decir que no va a ir, que va a efectuar unos cobros, que irá a la imprenta porque se requiere de su mirada supervisora debido al gran tiraje de afiches que está por imprimirse. Cuando la llamada termina, él decide desconectarse de ese aparato a través del cual conversa sobre números, facturas y plazos de entrega (durante cuatro días pasará apagado la mayor parte del tiempo).

6

Cuando ella baja, con su cámara *Canon*, van al Café Santiago que está a dos cuadras del hotel, justo delante del Parque Central, al que lo han cercado con rejas, como si el tiempo fuera a escaparse llevándose consigo todas las estatuas de bronce de próceres, dioses y semidioses que lo habitan.

—Es como estar en Francia —dice ella por las mesitas ubicadas en la acera, mientras él duda si fue un real acierto haberla traído a la guarida. Todo se le perdona al Café: los colores estridentes de las paredes, los vasos desportillados, los viejos ventiladores cuyas hélices giran en dirección contraria a la rotación del planeta, los vendedores que acosan y acusan a los habituales, el cobro por adelantado de cualquier bebida...

Juntos recorren la estructura del Café en forma de ele, hasta acomodarse al final de la letra, junto a la rocola —ese dinosaurio al que se le pone una moneda para que toque un disco de cuarenta y cinco revoluciones por minuto—. Él escoge *Sous le ciel de Paris* de Edith Piaf. Ella agradece el gesto con una sonrisa mientras advierte que en las mesas vecinas otras parejas cultivan el arte de cogerse las manos.

La primera cerveza es para mojar la sed. La segunda hace que ella tenga cosquillas dentro de la cabeza. Él hace un listado de los lugares que van a visitar.

Ella le dice:

—No tienes por qué hacerlo.

—¿Qué?

—Acompañarme.

Él responde:

—Sí, tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—Sólo sé que tengo.

7

Esta pequeña ficción sólo espera capturar los momentos esenciales de este encuentro o desencuentro, como se lo quiera llamar, de dos seres que ahora están suspendidos por el olvido. Es únicamente un memorando en el que se anotan los detalles más importantes de unos días que no merecen ser dejados atrás. Es por eso que el pequeño informe de lo que pasó debe hacerlo alguien que no necesariamente los vio, alguien que, antes que nada y primero que todo, es un escritor o alguien que cree serlo, un cronófilo que sabe organizar los datos recolectados, un cronófago que conoce de sobra el lenguaje de la ficción que lo simula todo.

8

Él se convirtió en diseñador gráfico porque no pudo ser pintor:

—Siempre creí que tenía talento para el dibujo y la pintura, por eso entré a estudiar Diseño, porque era lo que más se le parecía. Me faltaba técnica, siempre me lo dijeron mis profesores, y me sobraba pasión. Pero con eso no se llega a ninguna parte. Poco a poco el ratón del computador fue reemplazando al pincel y al lápiz.

Ahora, heme aquí, en una burbuja laboral donde imperan los píxeles y las cuatricromías.

9

Ella estaba sentada en la banca de una esquina revisando el mapa de la ciudad. Parecía tener un letrero en la frente que decía *No me sigan, estoy perdida*. Sus piernas largas estaban cruzadas (la izquierda encima de la derecha) dejando ver la blancura de sus muslos. Él y muchos más habrían deseado que la falda de yin negro fuera más corta. Parecía una estatua recién liberada del taller de un Michelangelo. El mármol era perfectamente liso. El acabado habría logrado satisfacer a cualquier

artista del *cinquecentto*. La banca metálica de color verdoso parecía parte esencial del conjunto escultórico. Su concentración en el mapa que contenía el trazado de las calles hacía que su inmovilidad fuera más cercana a la de una obra de arte. La posición de la joven en relación con la luz del farol era la de una actriz situada justo en el centro de un escenario. La ubicación parecía pensada para que todo el conjunto recibiera un baño de lumen en determinados ángulos de la estatua: cabellos castaño claro, labios finos, el regazo que acogía algo que de lejos parecía una gaceta, pero que de cerca no era más que un papel lleno de iconos, símbolos e indicios para no perderse en un puerto. Era como si una de esas luminarias que abundan en los escenarios teatrales concentrara todo su voltaje justo en ella, que en el centro de la banca era admirada por él a dos metros y medio de distancia. El color vívido, el acabado del mármol, la iluminación Rembrandt, la brisa nocturna que provenía del río le otorgaba al conjunto una ilusión de movimiento reposado y apacible. La inserción de la chica justo en el centro de la banca le daba más simetría al conjunto, mientras los transeúntes iban y venían hablando de cualquier cosa, menos del encuentro que ella estaba por tener en unos segundos más. El caminar de los peatones es seguramente aquello que le imprime a la obra más sensación de movimiento, aunque la modelo parece estar más en una actitud de reposo y no de espera.

La espalda está pegada a la banca haciéndola parecer parte esencial del metal. Si ella estuviera sin las piernas cruzadas, y sin sus hombros echados hacia atrás, seguramente no habría gracia en esa escultura nocturna. Sería casi una cualquiera si estuviera reclinada hacia delante, con los codos en las rodillas, y el mapa libremente abierto como si fuera a caer en las baldosas. Ella no sabe que está hecha para ser admirada desde cualquier ángulo. Eso lo sabe el espectador que está merodeando la banca. Es un diseñador gráfico que ha sido dado de alta de Olimpia, la agencia de publicidad que lo suele tener como rehén desde las diez de la mañana hasta las ocho de la noche. Acaba de salir de Olimpia para entrar a un Olimpo. Él sabe que no puede menospreciar las partes laterales de semejante estatua y lo escruta todo desde diversos puntos. No sabe si servirá de algo el terno Oscar de la Renta grisáceo, la camisa blanca y la corbata de un color que él creará parecido al de la mirada de ella. Él no lo sabe aún, pero lo único que va a servirle es la frase *¿Puedo ayudarla?* en un inglés casi perfecto.

10

Para que lo escrito no se parezca a la vida, ella responderá al nombre de Juliette Perc. No por el amor de Romeo, sino por la Binoche, la actriz que ha tomado la posta de Catherine Deneuve en el imaginario de Francia.

Juliette nació en Rennes el 2 de diciembre de 1982, el mismo día en que se realizó el primer trasplante de un corazón artificial en un ser humano. Tras una operación de siete horas y media (realizada por un equipo médico de diecisiete miembros), Barney Clark, un dentista con cardiomiopatía (un debilitamiento progresivo del músculo cardíaco) se convirtió en el portador del Jarvik-7. El nombre sonaba más a una sonda espacial o a una marca de reloj, pero de ninguna forma remitía a un prototipo de plástico con dos ventrículos de poliuretano. Clark, de sesenta y un años, sobrevivió ciento doce días, pero Juliette nunca se enteró de la existencia de ese corazón que tenía en su interior un mecanismo de relojería que fue perfeccionándose en los siguientes años. El de ella iba a sufrir algún día un desperfecto sin que nada pudiera hacerse para reemplazarlo.

A él no le molestará llamarse Gesualdo Aretino. Su bisabuela era italiana y su nombre fue tomado de un tío-abuelo que viajó mucho y que fue muy acaudalado. Gesualdo también nació en 1982, en Santiago de Guayaquil, el 5 de octubre, día en que falleció Glenn Gould, pianista canadiense que revolucionó por sus excentricidades el arte de la interpretación. La más notoria es que en algunas de sus grabaciones se le escucha canturrear el tema que sus dedos están interpretando. Otras manías incluyen el sumergir sus manos en agua caliente durante veinte minutos antes de cada ejecución, llevar un botiquín con el más variado *stock* de pastillas y usar una silla personal para poder sentarse ante el teclado a una altura más baja de lo normal. La *performance* más conocida de Gould es *Aria con diversas variaciones para clavicordio con dos teclados* de Johann Sebastian Bach, célebre por la irreverencia de una ejecución caracterizada por dos rasgos: primero, la desmitificación de la obra al tocarla en piano, un instrumento para el cual no fue concebido; segundo, se interpretan las treinta piezas con una velocidad y una agresividad superiores al estándar normal.

Juliette, a diferencia de Gesualdo, sí ha escuchado el aria en películas como *El silencio de los inocentes* y en los créditos de apertura de *Hannibal*, pero nunca reparó en el autor. Lo que ambos personajes nunca sabrán es que las piezas del músico austriaco fueron creadas en 1742 gracias al encargo del conde von Keyserling que sufría de insomnio. El noble quería que Gottlieb Goldberg, alumno de Bach, tocara en sus aposentos una larga melodía susceptible de distraer el insomnio crónico que lo agobiaba. El resultado fue una serie de ejercicios para clavicordio que se transmuta treinta veces de los modos más imprevisibles para luego volver al punto de partida.

El reto para Bach no fue crear una partitura de efecto soporífero sino hacer que el noble olvidara su desvelo. Lo fascinante es que el transcurrir de los siglos no ha hecho caducar el ejercicio bachiano. Cada cierto tiempo surge una grabación diferente de las variaciones (conocidas en la actualidad con el apellido del alumno del *kapellmeister*) que logran que cada intérprete se desvele para lograr una ejecución distinta. Si Gesualdo hubiera conocido estas *Variaciones Goldberg* de Bach, es probable que se las hubiera regalado a Juliette para mitigar sus desvelos.

11

Departamento de Gesualdo. Lo primero en lo que ella pensó, al ver una de las clepsidras, fue en el río que esa mañana había conocido. Esa calma de las aguas moviéndose lentamente como si no tuvieran prisa de marcar las horas. Luego su mirada fue capturada por el estante donde estaban los relojes de arena. Su mano se dirigió hacia uno de ellos. Sus dedos alargados tocaron las fusiformes columnillas de hierro que formaban una especie de jaula para atrapar al tiempo. Acercó el reloj hacia sus ojos para ver mejor la blanca arena que caía sigilosamente dentro de la ampolla de vidrio. La parte de arriba se ahuecaba en forma de embudo y la de abajo se inflaba en forma de cono. El montículo, que se formaba con los instantes perdidos, podía tomarse por un signo de que el tiempo se desvanece acumulándose. No es como los relojes de ahora con sus alarmas y sus sonidos estruendosos.

12

—Eres mi princesa tuerta.

Así fue como Gesualdo la bautizó cuando ella le contó que no veía nada a través de su ojo derecho.

—Te voy a poner un parche negro —amenazó él de manera juguetona— para que te parezcas a los piratas que asaltaban esta ciudad en el siglo XVIII.

Ella le contó que a muy tierna edad su globo ocular había contraído una infección:

—Al gatear me tropezaba con las cosas.

Él nunca había notado nada en esa mitad de la mirada. En ese ojo que tenía insomnio.

Como en su muñeca siempre estaba ausente un reloj solía hacerle a Gesualdo la misma pregunta usando una canción de Manu Chao:

—¿Qué horas son mi corazón?

—Tienes un reloj en tu bolso. Sácalo y mira la hora.

—Ya te conté que mi padre me regaló el *Sveglia* el día en que murió. Sólo lo saco cuando es necesario.

—Eres ciega de un ojo y ciega del tiempo.

—Y tú eres sordo del alma y de la memoria.

13

En esta memoria habría que omitir que él casi le arrancó lágrimas a ella cuando le dijo cursilíricamente que todo lo que había visto, leído y escuchado eran tan sólo preparativos para estar con ella. Sería importante no describir sus ojeras perpetuas, como las que llevaban por gracia y obra del maquillaje las actrices del cine mudo, o sus ojos vidriosos como si estuviera siempre a punto de llorar; la forma en que arrastraba las erres, el poco apropiado español que caía de su boca o el francés entremezclado con el inglés. *Français*, le llamaba ella. A veces se aventuraba a urdir palabras en las que mezclaba el francés con el español. *Franñol*, le llamaba él. Surge, entonces, la tentación de transcribir páginas enteras de diálogos que den cabida a estos juegos idiomáticos, pero sería caer en el sólito encanto de la interculturalidad en su más puro efectismo.

Otro artificio podría centrarse en el diseño de ambos personajes. Se puede crear una mujer muy cautivante: cabellera rubia que cae en rizados perfectos, ojos verdeagua, senos de copa de champagne, caderas caribeñas de las cuales se avergonzaba, *lingerie* de encajes finísimos; a él, en cambio, se lo puede dibujar, con el simple afán de tener un contrapunto, como alguien que usa lentes lennonnes, de una contextura corpulenta y con un sobrepeso más que evidente, rasgos caucásicos, alguien descuidado que usa barba de tres días y que tiene unos olores que en nada se asemejan a los de ella, una joven obsesionada por las cremas, las lociones y demás bálsamos.

14

Acaso no interese el siguiente detalle pero mientras se escribe esta novela-reloj, se escucha la versión de Gould de las *Variaciones Goldberg* de Bach. Para el pianista canadiense, la música que estaba tocando no tenía ni principio ni final, como la elipse dibujada por las agujas de un reloj, sin clímax o resolución. «Las variaciones no son rectilíneas sino circunferenciales», escribió en la contratapa de su disco en 1955. Es por eso que esta historia quiere ser una música que no avanza sino que se inscribe en una circunvolución, como si en todo momento quisiera volver a su punto original. Es una *nouvelle* que no deja de hacer tic-tac, tic-tac, y que no se sabe si en algún momento va a estallar o simplemente se va a detener.

15

En el santuario de relojes que él tenía en su apartamento se podía admirar una clepsidra francesa que se parecía a un par de jeringas siamesas desprovistas de agujas. Estaban pegadas a un soporte de madera que tenía ornamentaciones vegetales al estilo del rococó. Cada ampolla, delgada y vertical como un tubo de ensayo, tenía

pequeños números inscritos en el vidrio que indicaban la hora según el nivel del agua.

—Era de mi tío-abuelo —explica él—. Es del siglo XVIII.

Clepsidra en griego significa «ladrón de agua».

¿Qué fue lo que Juliette robó de él? ¿Qué fue lo que él robó de ella?

16

Simone Perec trabajó inicialmente en el piso de medicina geriátrica del Hospital Saint Étienne, que luego se convirtió en el departamento de telemetría vascular.

Se especializaba en atender a pacientes intubados con COPD (*chronic obstructive pulmonary disease*), con diabetes, cáncer o neumonía resultante de VIH. Cuán difícil y tolerable era su cotidianidad dependía exclusivamente de los pacientes. Si tenía admitidas a personas que exigían demasiados cuidados (suministro continuo de antibióticos y sueros) entonces su jornada era más complicada. Lo peor era encontrarse con personas que creen que el botón para llamar a las enfermeras es el mismo que tienen las habitaciones de un hotel para pedir *room service*. Le tocaron muchos casos a Simone en los que los pacientes sólo querían alguien con quien hablar. Desafortunadamente una enfermera es un músico que toca todos los instrumentos de una orquesta al mismo tiempo y Simone tenía que jerarquizar. La elección era obvia: los que se encontraban en estado terminal constituían su prioridad.

Los peores momentos en la vida de una enfermera son aquellos en los que tienen que acompañar a los doctores que van a anunciar malas nuevas. Las opciones vienen y van en las lenguas doctas: *¿Quiere alimentarse vía intravenosa? Si no puede hacer sus necesidades, ¿nos permite insertarle sondas? Llegado el momento, ¿autoriza que lo desconectemos? ¿Quiere DNR (do not resuscitate) o DNI (do not intubate)?* Algunas de estas interrogantes Simone tendrá que plantearse ante el insomnio fatal de Claude.

Memorias aparte, habría que contestar a la siguiente pregunta: ¿por qué se convirtió en enfermera? Altruismo, generosidad, solidaridad, son características de *madame Perec* que pueden servir como respuesta.

Quizá la explicación más sencilla es que basó su vida en una cursilería legítima: «el deseo de ayudar a la gente y hacer una contribución al mundo». ¿Por qué su hija Juliette no hizo lo mismo? La respuesta hay que ensayarla rebobinando la película hacia esa escena exacta en la que Simone dejó de estudiar Psicología para ingresar a una escuela de enfermería. Esta deserción se convirtió en la razón por la que Juliette entró a la carrera que su progenitora dejó abandonada en el último semestre. Quiso completar lo que su madre había dejado trunco. Cuando descubrió que su padre estaba enfermo anunció de una manera nada ceremoniosa o solemne:

—Si mamá cuida del cuerpo de papá, yo cuidaré de su alma.

Cuando Simone dejó de trabajar en el Hospital de Saint Étienne para atender a Claude, Juliette era una adolescente que empezó a recibir clases gratuitas sobre enfermería. Gracias a mamá aprendió a poner inyecciones, sueros, catéteres, sondas... Más que nada absorbió el arte de la paciencia. Simone le vaticinó que sería la enfermera ideal porque al mismo tiempo que cuidaba del cuerpo de un paciente, podía tratar su sique. Claude Perec no viviría para ver a su hija egresar de la universidad.

17

La *nouvelle* como reloj de arena. La historia fluye como el pequeño desierto que está dentro de ese universo de vidrio. Hay que abreviarla, condensarla para que sea del tamaño de cada corpúsculo que cae. Si el reloj es un ordenador o medidor del tiempo, la *nouvelle* también lo es. Los minutos, los segundos, las horas, no pueden estar dispersos, deben de estar dentro de ese pequeño demiurgo vidrioso; situaciones, acciones, anécdotas, escenas, no pueden andar circulando por el aire, tienen que buscar su lugar en este libro que ansía ser el reloj donde se marca la historia, así con minúsculas. Lo único mayúsculo es el Tiempo Narrativo.

18

Ella apuntó al corazón de él que latía demasiado aprisa y dijo:

—Es un péndulo. Este es un reloj de péndulo.

Habían ido a una exposición itinerante de relojes. Estaban desnudos en el tálamo de la habitación 202 del Hotel Nadir. Habían hecho lo que en la mayoría de filmes y novelas aparece representado con imágenes o palabras melifluas. Aquí bastará con decir que ambos eran como dos relojes de mecha de la antigua China. Los habían visto en una exposición de relojes antiguos. Eran unos bastoncillos de madera pulverulenta prensada que iban consumiéndose lentamente y a la vez desprendían humo a la manera de un incensario. Los bastoncillos eran enrollados en forma espiral y llegaban a medir días enteros. Ambos cuerpos eran dos tiempos que se consumían circularmente.

19

¿Qué tienen los abrazos? ¿Se puede simular el afecto? ¿Es un efecto? En el aeropuerto los cuatro días de convivencia se convierten en cuatro años. Él se imagina lo ridículo que debe verse ante una mujer quince centímetros más alta, pero no le importa. Ella no entiende por qué está unida a este joven que cada día se le hacía menos desconocido. Nunca le pasó en Bombay, Sri Lanka, Senegal, Marruecos, Medellín. ¿Por qué le está sucediendo aquí? Ella lo abraza. Se desabrazan. Se pegan. Se despegan. ¿Hasta cuándo va a durar el cursi espectáculo de la despedida? Ella le dice *adieu*. Él repite la despedida en el mismo idioma y añade algo trivial en español, algo que no quedaría bien en la memoria como la última frase que dos personas se dicen antes de partir. Antes de partirse.

20

La explicación que ella le está dando cambiará para siempre la forma en que él percibe el tiempo y el sueño.

Lo que ella padece es una maldición genética, arbitraria, que no ataca de forma individual sino grupal. Uno de cada treinta millones de habitantes ha contraído este mal. Por lo general, ataca a personas que tienen entre treinta y sesenta años. Juliette Percec era uno de los tres singulares casos en el mundo en el que la persona afectada tenía menos de veinticinco.

Ella no tenía Insomnio de Conciliación, un mal por el cual el padeciente se queja de que al acostarse pasa horas en cama sin poder dormir y sin una razón fisiológica o psicológica que explique su mal.

Juliette no sufría de Insomnio de Despertar Precoz que permite a una persona dormir con relativa facilidad, pero al llegar a las primeras horas de la madrugada se despierta y no puede volver a conciliar el sueño.

Tampoco padecía del llamado Insomnio de Múltiples Despertares, padecido por Simone, la madre de Juliette, que será detallado más adelante cuando el tictac de esta novela-reloj haya tomado como rehenes a todos los lectores.

Ella carecía de Insomnio Ocasional que es, como su nombre lo indica, de carácter transitorio, y generalmente ligado a eventos puntuales que son más o menos preocupantes o dolorosos. Es el clásico insomnio por estrés o por preocupaciones más o menos evidentes que todos han sufrido en más de una ocasión.

Ella tampoco cultivaba el Insomnio Crónico (¿de Cronos?), mal que puede abarcar semanas, meses o incluso años.

Lo que Juliette Perec tenía, al igual que su padre Claude, era el llamado Insomnio Fatal Familiar, también conocido como Insomnio Absoluto o por las siglas IFF.

Este mal —que en su última etapa lleva al paciente a un estado vegetativo— no afecta a un individuo sino a un grupo familiar. Está catalogado como un desorden de los priones, proteínas que todos tenemos, pero que al desconfigurarse ocasionan una enfermedad neurodegenerativa.

Diferencia entre el mal de la francesa y cualquier forma de insomnio: el insomne no es que nunca duerme, lo hace, pero de mala manera; el insomne letal, en cambio, nunca logra conciliar el sueño una vez que ha contraído su dolencia.

21

Juliette vivía sola en un departamento situado en el barrio bohemio de Rennes que su madre pagaba puntualmente, o al menos eso es lo que ella decía. Claude, el padre de Juliette, había fallecido cuando ésta iba a cumplir diecisiete años. Era un anticuario con una vida muy sosegada y un falso sedentarismo. Su apacible semblante daba la impresión de que había echado raíces, pero siempre desaparecía por semanas enteras en busca de objetos que podían incrementar su negocio. Estatuillas, relojes de pared, muebles, orfebrería... Todo era parte del interés de Claude, quien se vanagloriaba no por cosas que su negocio tenía, sino más bien por objetos que había rechazado, como la autobiografía de Hitler que un viejo nazi pretendió venderle y que luego fue desmascarada como un fraude; o cuatro papiros, encuadernados en cuero, que un egipcio quiso venderle a precio de nada, que habrían de ser conocidos en todo el mundo como los rollos muertos de un mar que sigue vivo. Su brújula lo llevaba a ciudades como Brujas, Venecia o Ámsterdam. A diferencia de Juliette que lograría expandir su mapamundi, para él los límites del universo le eran dados por Europa. Estados Unidos o Sudamérica no eran parte de su referente.

De Claude, Juliette heredó (si es que las siguientes cosas pueden transmitirse de padre a hija) el silencio, la introversión, el ostracismo, el deseo de no revelar las cosas que ocurrían en su interior, y también el amor por las cosas viejas que no es más que un respeto profundo por el tiempo. Pero el más importante legado fue una serie de priones enloquecidos que empezaron a menguar su sistema nervioso apenas pisó el puerto de Gesualdo.

22

La primera etapa se desarrolló en aproximadamente cuatro meses. El pánico lo atacó. Desarrolló fobias al polvo, a las corrientes de aire, a los animales, a los cubiertos y a la oscuridad. Dormía de tres a cinco horas.

La segunda etapa duró cinco meses. El pánico siguió atacándolo, aunque esta vez con mayor frecuencia, secundado por agitación, contracción de las pupilas, sudoración excesiva, impotencia sexual y alucinaciones.

Claude empezó a recibir la visita de amigos muertos, conversaba con sus novias del colegio y escuchaba voces que le anunciaban que sus antigüedades más preciadas iban a serle arrebatadas. Dormía de dos a cuatro horas.

La tercera fase duró tres meses y empezó con incontinenencia acompañada de pérdida del apetito y de la agripnia (incapacidad de dormir). Perdió treinta kilogramos de peso y ganó diez años de envejecimiento súbito.

La cuarta fase duró alrededor de seis meses. La demencia y una tos perpetua se apoderaron de Claude.

Se volvió mudo unos días antes de morir exhausto. Estaba cansado por no haber podido dormir una sola hora en los últimos nueve meses de su existencia.

23

Antes de pasar al segundo acto de esta novela, quitemos la tapa a un reloj de bolsillo. Lo primero que veremos en movimiento será el balancín, pieza que determina a qué velocidad pasa el tiempo. Si abrimos un libro lo primero que haremos es leer las primeras líneas y, en el caso de algunos lectores, recitarlas en voz alta para ingresar paulatinamente en el ritmo de la obra. En una novela el balancín constituye, a no dudarlo, el compás de las palabras, la cadencia de las frases...

24

Era como si no tuviera cuerpo. No dormitaba. Era como si flotara en la nada. No bostezaba. Era como si estuviera oscilando perpetuamente de un abismo a otro.

No podía conciliar el sueño. Los que despertamos de un sueño normal solemos recordar lo que hicimos antes de acostarnos. Tú, lector, puedes abandonar este libro porque el sueño te vence, y a la mañana siguiente puedes recordar en qué página o en qué tramo de la trama lo dejaste. Ella no podía hacer eso porque estaba enterrada viva en un cuento que ella no había escrito. Ella estaba en un coma de ojos abiertos. Ella era una coma suspendida en el vacío. Ella conjugaba el verbo vivir en un eterno presente. Cualquiera podría decir que Juliette era una máquina de recordar. Nada más desviado de la verdad.

Una persona que no duerme no puede invocar recuerdos propiamente dichos. En su atiborrado universo sólo se podía hablar de retazos, detalles, datos, sombras, pero no recuerdos.

25

No podemos avanzar sin definir al «tren de ruedas» o «rodaje» como el conjunto de ruedas y piñones engranados que llevan el movimiento hacia el mecanismo de escape. Sólo imaginen ruedas cuyos movimientos dependen de la forma en que unas se enlazan con otras. Para no alejarnos de la metáfora, en una novela cada sección, acto o capítulo se erige como una rueda.

26

Cuando Claude Péric cayó enfermo, todo el mundo creía que era una depresión más de aquellas que asaltaban al anticuario más renombrado de Rennes.

—Lo peor es que su mente estaba lúcida, pero su cuerpo no le respondía en lo absoluto —dijo Julien, el hijo mayor, quien luego habría de huir de casa al enterarse de que había contraído IFF.

—No —añadió Juliette, la hija menor—. Lo peor fue cuando todos nos dimos cuenta de que era una enfermedad hereditaria. Contratamos a alguien para que hiciera nuestro árbol genealógico y allí fue cuando constatamos lo que todos sabíamos pero nadie quería decir en voz alta.

27

El francés Abraham-Louis Breguet (1747-1823) creó el célebre escape de áncora, pieza de relojería que actúa sobre la rueda de escape como lo harían dos pinzas de cangrejo. El áncora es un elemento que recibe el impulso de la rueda y lo trasmite al volante. Según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, es sinónimo de ancla de una nave y tiene como segunda acepción la siguiente: «Áncora es aquello que

sirve o puede servir de amparo en un peligro o infortunio». En una especie de movimiento oscilatorio horizontal, esa pinza de crustáceo que es el áncora actúa sobre los dientes de la rueda de escape. De manera alternada presiona un diente con la pinza izquierda y casi al instante aferra el siguiente diente con la pinza derecha. Esto hace que la rueda se mueva al igual que el universo. Sin áncora no hay reloj. Sin ese órgano de impulsión no hay Tiempo. Sin esa pieza no hay novela. El áncora de la historia es la intriga.

28

En la Universidad Case Western Reserve, en Cleveland, un neuropatólogo revisó el cerebro de Claude Pécot que el doctor Maurice Piccoli había enviado desde Rennes por FEDEX. Un análisis minucioso permitió constatar la presencia de agujeros alrededor de toda la corteza cerebral y una severa lesión en el tálamo. «Encefalopatía esponjiforme con herencia autosómica dominante » fueron las palabras usadas en el informe luego publicado por la *New England Journal of Medicine*.

Los agujeros eran similares a los cerebros de los pacientes que habían contraído la enfermedad de Creutzfeldt-Jacob, la versión humana de la enfermedad de las vacas locas.

En griego *thálamos* significa lecho nupcial, boda. Es la parte del cerebro que permite que todo ser humano contraiga matrimonio con Morfeo, el dios que teje las formas humanas en los sueños, o un divorcio, en el caso de la familia Pécot.

29

«La insomnia» (así le llamaba Juliette) es un fuego que no deja dormir. ¿Cuál es la temperatura de la muerte? ¿Con cuántos infiernos se deja de respirar? ¿A la semiósfera se la mide en grados Fahrenheit? ¿Cuánto calor logran crear los cuerpos que al frotarse inventan una llama? ¿A qué temperatura se quema el papel de este libro que no se libra del tiempo? La ciudad también tiene su termómetro. Sólo hay dos habitantes en el puerto. Ella y él. Él menos ella. La idea de Ella más él.

30

Dios del Insomnio que estás en la nada. Santifica estas palabras que corren en el vacío. Que no se escapen. Que no vacilen. Que no se entreguen a la claridad. Buscarte un nombre es imposible. Eres una presencia que no debe ser nombrada. Todas las culturas tienen un dios del sueño, pero nadie supo qué nombre darle. Nadie bautizó al que manipula el ritmo circadiano, provocando ese sueño de ojos abiertos llamado *in-somnus*.

Tampoco existe un dios para los despertares. En la antigua Grecia reinaba Hipno, dios de los dormires, casado con Pasitea (también conocida como Aglaya), la más joven de las tres Gracias. Sus vástagos eran Morfeo, que creaba sueños donde aparecían formas humanas; Icelo o Fóbeto, creador de sueños donde habitaban animales monstruosos; y Fántaso, el hacedor de objetos oníricos. Pero dónde estabas tú, señor terrible de mi prisa. Los Oneiros o Ensueños eran mil pequeños *daimones*

de alas negras —hermanos y hermanas de menor jerarquía— que ayudaban a estos tres dioses a urdir los sueños. ¿Acaso eras tú uno de esos pequeños demonios alados? El equivalente romano de Morfeo era Somnus, una versión maldita del dios helénico, que parece ser el creador de las pesadillas. Lo que la mitología no registra es el hecho peculiar de que todas estas deidades no dormían en lo absoluto. Para crear sueños tenían que estar despiertos permanentemente. Sólo es potestad de los mortales el dormir. Por eso yo te invoco, oh Dios del Insomnio, tú que no permites que Morfeo, el dios que prestó su nombre a la morfina, ronde por estas páginas.

Anticipa estos fonemas que desde el fondo del silencio parecen venir, pero no llegan. Multiplica los latidos. Intensifica los sonidos que surgen en las inmediaciones de la noche. No dejes que este vacío recurso del apóstrofe haga mella en tu conciencia. Sé que tienes una. Sé que eres consciente de todo lo que haces en el ser que eliges habitar. Tú estás en los celos del Dios del Sueño. Estás en las plegarias del pliegue menos arrugado de la noche. Sólo tú sabes lo que es el Tiempo. ¿Es tu gemelo? ¿Es tu antípoda? Sólo tú lo sabes. Nadie y nada fuera de ti es perdición y pericia. Gracias a tu faena sabemos cómo pasan los segundos en forma de ceguera que nos permite ver todo, hasta la nada. Yo soy sólo un lécito. Soy más parecido a un útero que a una tumba. La verdad es que hay poca diferencia. Albergamos vida. En mi caso, tengo un puñado de polvo donde no hay miedo sino clamor. Las manos que me resguardan son las manos del Tiempo. Me tocan y acaso encuentran frío. Hagan caso omiso de la temperatura. Lo que cuenta es lo intrínseco. No soy una lengua. Soy un dialecto que se habla en todas partes. Toda la ceniza que albergó en mis entrañas es la de esta historia que está por venir. Por irse. Por regresar. Yo te invoco, oh depredador, acosador de las mentes más lúcidas, monstruo de mil ojos que se instala en el tálamo. Maldecido. No se te puede decir. A ti que no se te puede nombrar, te digo: una vez yo estuve en las manos de una estatua hecha del bronce de todos los dioses. Esa mano que me sostuvo no era del abaratao mármol de los romanos. Tú asaltaste el tálamo de la semidiosa que me acompañaba en el templo. Ella impedía que yo no cayera en tu abismo. De tanto sostenerme fue ella quien sucumbió.

La penetraste por una de sus grietas más débiles. La has vendado para mantenerla siempre despierta. Yo no soy la nube que hablaba en aquella novela de Faulkner. Sólo soy una pequeña cerámica ática que ahora está en el fondo de un anticuario.

31

La relojería, a la que van nuestros personajes, es en realidad un quiosco de esquina, situado en el centro de la ciudad. Es un cubículo del tamaño de una cabina telefónica. Un pequeño depósito de correas, agujas, lunas, cadenas, repuestos minúsculos, pilas del tamaño de una pastilla contra la depresión. Los útiles más importantes de la caja de herramientas son las limas, punzones, tenazas, alicates, calibradores para ajustar y alinear, perforadoras, palillos y cepillos.

Con acelerada pericia las manos pecosas y arrugadas, que luego cobrarán un dólar, remueven un eslabón del *Sveglia* de la joven. El viejo relojero canoso pronuncia una de esas frases que se dicen para impresionar a los jóvenes o simplemente para crear confianza con el cliente:

—Un reloj realmente preciso es aquel que se ha parado. Las manecillas de ese reloj indican, a la fuerza, la hora exacta dos veces cada día.

Mientras la mirada verdosa de Juliette contempla con atención el delicado operativo, él juega con tres cosas: su Omega, el rostro de ella y el sol de las diez y treinta y nueve de la mañana. La luna del reloj con nombre de letra griega crea un pequeño centelleo en el mentón de la aspirante a sicóloga. Para que ella deje de estar absorta

en el alicate que el viejo relojero tiene entre sus dedos, él concentra el pequeño lampo de su muñeca en el ojo izquierdo. Ella sonríe mientras sus hoyuelos forman ese paréntesis donde él encierra el tiempo. Juliette se ha dado cuenta de la travesura de su amador:

—Esta lucecita en mi cara es uno de los faros de Bretaña.

—Los faros sólo funcionan en la noche, *mademoiselle*.

—Es que el tuyo sólo funciona de día.

—No olvides que esta tarde iremos al faro del Cerro de Santa Ana.

—Tiene que ser entre cinco y seis, no lo olvides.

Es la hora de mejor luz.

—No lo olvido. Te recuerdo que el faro de este puerto no se parece a ninguno de los que tú dices que tiene Rennes, pero es mi faro.

—Nuestro faro.

—La condición para subir allá es que uses ese reloj.

—Ajustar la cadena no es garantía de que vaya a usarlo.

—¿Qué vas a hacer con el eslabón que le están quitando?

—Regalártelo.

—Okey, entonces lo guardaré como si fuera nuestro eslabón perdido.

32

Juliette le dice al esqueleto que se acerca amenazador hacia ella:

—No, todavía no.

La osamenta ambulante es la de un niño. Alza la mano derecha en forma imperativa sosteniendo un reloj cuya arena se ha deslizado en su totalidad de la ampolla superior a la inferior. Camina tres pasos y se detiene para apoyarse en la guadaña empuñada por su mano izquierda.

A sus pies yace una pala. En las baldosas hay una fosa abierta.

—¿De quién es esa calavera? —pregunta la hija del anticuario, señalando el cráneo que está al borde del sepulcro.

No obtiene respuesta.

—¿Qué es el tiempo? —grita ella como si así pudiera despistar a la imagen que tiene delante.

El niño señala la fosa en cuyo interior ha depositado la ampolleta. Gesualdo se despierta impidiendo que la insomne sea raptada por la guadaña.

33

El eslabón perdido puede ser el vaso griego. A simple vista parece una botella con el cuello alargado como el de un cisne. Para llegar a él hay que entrar en el almacén de antigüedades de Claude Perc. Se trata del anticuario más reputado de la ciudad de Rennes. En su local se amontonan en el más ordenado desconcierto una infinidad de rarezas. Cotas de malla, rígidas y alineadas, como si albergaran una legión de guerreros invisibles; bajorrelieves arrancados de claustros monacales del período románico; esculturas de porcelana, madera, bronce, hierro y marfil; tapices y muebles que parecen esculpidos para algún cuento de hadas; cuadros, camafeos, *vedutte* y todo tipo de retratos. La fisonomía apacible del septuagenario Claude armoniza con el orden de ese microcosmos. En la mirada de aquel hombre están archivadas las aventuras en templos derruidos, ruinas circulares, tumbas exentas y mansiones abandonadas en las que ha tenido que hacerse cargo de los objetos por mano propia. En su colección no hay nada que desentone con su rostro. Todo es

viejo, pero nada es vetusto o deteriorado. Todo tiene un aire señorial, atemporal, como la cerámica ática que descansa en el escritorio. Un lécito sin fisura alguna.

El historiador que los Perec contrataron era un experto en genealogía. Este Sherlock Holmes de los genogramas consultó los registros civiles además de los archivos parroquiales y hospitalarios de algunas ciudades de Francia e Italia. Poco a poco fue reconstruyendo el historial hasta remontarse al año 1791. Ningún médico sospechaba que fuera una alteración del sueño. Nadie podía dar con la clave para entender cómo el mecanismo del sistema nervioso simpático, que regula la respiración, los latidos del corazón y, por ende, el sueño, se descomponía sin ninguna explicación. Mientras los seres humanos hacen estas cosas de manera mecánica, las víctimas del insomnio fatal familiar tienen estas funciones completamente averiadas, hasta el extremo de no distinguir los sueños truncados de la realidad vivida.

En este punto, la historia familiar de Claude adquiere el aspecto de una pesadilla. Debido a la confusión entre imagen contemplada y sueño no consumado, muchos de sus antepasados fueron recluidos en manicomios, desahuciados en prisiones, convertidos en la demostración viviente de una estirpe maldita. Decían que estaban locos o que sufrían una enfermedad demasiado extraña como para interpretarla conforme a la tradición científica. Eran unos endemoniados, unos monstruos.

Aunque las percepciones de la sociedad han cambiado relativamente en los últimos tiempos, el señor Perec intentó sobrellevar —sin éxito— el miedo y los estragos físicos en el anonimato. Es el sino de los que tienen insomnio fatal familiar. Ninguno quiere aparecer en público. Todos ansían preservar la intimidad, ocultar donde viven, y proteger a quienes un día pueden contraer el mal cuando menos se lo esperan.

Juliette ha aprendido bien la lección después de leer el informe del historiador una docena de veces. Sabe que veintinueve de sus antepasados han muerto por culpa de la enfermedad en los últimos ciento cincuenta años y que quince de ellos han fallecido desde 1973.

34

—Leí en una revista que posiblemente los seres humanos llevamos un reloj mental interno incrustado en el cerebro.

—¿Cómo es eso, *mon amour*?

—Cada vez que empezamos una actividad física las neuronas se disparan al recibir cargas de dopamina.

—¿Dopamina?

—Sí, es un neurotransmisor que está relacionado con la alegría y el bienestar.

—Tiene sentido. Las neuronas se disparan cuando estamos emocionados. Me imagino un reloj cuyo minutero y segundero han enloquecido y dan vueltas en cámara rápida.

—Cuando la dopamina dispara las neuronas se pone en marcha una especie de péndulo interno.

—Como si tuviéramos un tic tac adentro. Te acabas de pasar una luz roja.

—Sí. La revista decía que las personas que sufren accidentes graves experimentan un aumento en la producción de dopamina. Eso acelera el mecanismo de relojería dándoles la ilusión de que el mundo marcha en cámara lenta.

—¿Qué me quieres decir? ¿Que yo soy tu accidente grave y que tu tiempo está empantanado?

—No es una broma, Juliette. Te estoy hablando en serio.

—Sigue, sigue. ¿Falta mucho para llegar a tu casa? ¿Por qué no aceleras?

—Estamos llegando. Es a la vuelta. El mismo reportaje decía que a medida que envejecemos, los niveles de dopamina descienden.
—Eso hace que el péndulo marche más lento y el tiempo más deprisa.
—¿Tú cómo sabes? Es en el cuarto piso.
—Pura lógica, *mon amour*. ¿Cómo así vives solo?
—Mis padres y mis hermanos viven en los Estados Unidos. Casi no paso aquí.
—¿Por qué? ¿Mucho trabajo?
—La agencia de publicidad consume demasiado mi tiempo.
—Es tu obsesión, ¿no?
—¿La publicidad? Sí.
—No, me refería al tiempo.
—Ah, por los relojes.
—¿Cómo los conseguiste?
—Un tío-abuelo los coleccionaba. No son muchos.
—He contado más de veinte. Sí son muchos.
—No son tantos. Si tienes tiempo podemos ir a ver una exposición de relojes antiguos.
—Me encantaría.
—Ahí sí veremos muchísimos relojes.

35

El doctor Maurice Piccoli, experto en trastornos del sueño, es contactado por Simone en su consultorio parisino. Se muestra interesado en el caso de Claude.

Cuando llega a Rennes se muestra más atraído aún debido a la presencia inquietante de Juliette. Lo primero que hace Piccoli es pedir a los Perek que donen el cerebro del occiso. Ya le contará Maurice todo esto a Gesualdo Aretino. Todavía hay tiempo en esta novela reloj.

—Si hubiéramos perdido ese cerebro —le dirá el doctor al diseñador gráfico—, no tendríamos ahora un entendimiento tan claro de la enfermedad. ¿Sabes que pusimos el cerebro en una báscula? Pesa una libra menos de lo normal.

En contraste con su padre, Juliette se negará a donar su cerebro al morir.

—Basta con que un miembro de la familia Perek haga la donación —le dijo al doctor Piccoli.

Maurice también tenía insomnio fatal. Era alto y buen mozo. Su pelo siempre estaba engominado. Su apariencia era la de alguien recién salido de una sastrería. Amaba las blusas que dejaban ver el ombligo de Juliette, y esa infinita blancura con la que él tenía ensoñaciones de porno blando sin más banda sonora que la voz de ella. Era una bretona inalcanzable, y ella se lo había hecho saber:

—Tú y yo sólo estamos juntos porque no dormimos.

Él no podía escribir su deseo en el cuerpo de ella. Tenía que hacerlo en el aire. No podía siquiera coger su mano. Debía conformarse con sus mejillas. Apenas le era permitido el doble beso francés de saludo y despedida.

—El hecho de que no podamos dormir no significa que algún día tengamos que dormir juntos.

El doctor aceptaba sin chistar cada cláusula del contrato que la gemela de su insomnio le imponía.

36

Admiraron el pórtico en cuyo tímpano se leía una leyenda en latín: *Totus tuus* (Todo tuyo). El nártex lucía vacío, o sea, propicio para un par de visitantes que deseaban admirar la catedral. Se pararon ante la nave central y admiraron el gran espacio con dos hileras perfectas de sillas largas con pocos feligreses. Ella, como si nada, sacó su cámara y tomó una foto sin *flash*. Duró unos seis segundos semejante atrevimiento: tres para decidir el ángulo, dos para enfocar y uno para disparar. Enseguida guardó su cámara. Avanzaron por la nave lateral izquierda y fueron echándole un vistazo a los vitrales multicolores y a los óleos que colgaban de los altos muros. Fue en el deambulatorio donde ella le dijo que ese sería el lugar ideal para que dos ateos se casaran.

—Es una catedral muy hermosa. No tiene nada que envidiarle a las de Francia.

—Sí, pero esta debe ser pequeña en comparación con las de allá.

—Te juro que no tiene nada que envidiarles.

—¿Sabes qué? Creo que deberíamos casarnos aquí.

—No creo. No nos conocemos ni veinticuatro horas.

Es muy temprano.

—Se dice «muy pronto».

—Sí, muy pronto.

—Además, somos ateos, *madeimoselle*.

37

Juliette en el balcón de su habitación frente al río. Ella ve montañas y un tren surcando el cielo de la madrugada. Cuando se lo cuente a su amador, éste dirá:

—Es el cuadro que vimos en el museo. ¿Ya no lo recuerdas?

Ella contestará que el tren dio varias vueltas alrededor del río y que no tuvo más remedio que esconderse en el baño cuando lo vio venir en dirección hacia el hotel.

—No pudiste haber visto montañas. Los Andes están en la serranía. Esto es costa.

Ella todavía no le revelaba sobre su insomnio fatal, aunque en su mente él había estado tomando nota sobre algunos indicios como la falta de apetito...

—¿Por qué no comes?

—No tengo hambre.

—Te gusta verme comer, ¿no?

—Sí, pero no me da hambre.

—No comes, no duermes.

La incontinencia...

—Tomas tanta agua y no vas al baño.

El sudor excesivo...

—¿Por qué sudas tanto?

—En tu puerto hace tanto calor.

—Sí, pero también sudas en las noches.

Los ataques de pánico...

—Cruzar contigo una calle es una película de terror.

—Le tengo fobia a los carros.

—¿Tuviste algún accidente de niña? ¿Alguien en tu familia...?

—No quiero analizarlo.

Incapacidad para producir lágrimas...

—¿De verdad no puedes llorar?

—Puedo pero no me salen lágrimas.

—¿Te has hecho ver de un doctor?

—Varios. Pero es una historia demasiado larga.

Pérdida de peso...

—En estas fotos te ves más llenita.

—En ese entonces estaba llena de vida.

—¿Y ahora?

—Llena de muerte.

—¿Qué es lo que tienes?

—No te preocupes, no es nada contagioso.

Erupciones cutáneas en el rostro...

—Es acné —le mentiría Juliette a Gesualdo.

—Creí que era dermatitis. Conozco a alguien en la agencia que tiene esas erupciones cada vez que se deprime.

38

Sería impreciso determinar quién se acercó a quién o quizá fue algo perfectamente sincronizado como un reloj suizo. Lo extraño del ósculo, beso, roce, como se lo quiera llamar, fue la risa de ella. Estaban besándose (él había tenido que pararse firme en la punta de los pies para elevarse y alcanzarla), cuando de pronto Juliette no cesaba de reír. El problema es que las bocas no se separaban. No querían hacerlo. Al principio él reaccionó con turbación, pero con el paso de los segundos, se dejó contagiarse por ese extraño beso risueño y también rió. Era como si las bocas intercambiaran burbujas. Las risas se estaban besando.

—Vamos a cerrar —mintió un sacerdote con un tosido previo.

La sombra negra pasó rauda junto a ellos y desapareció, pero alcanzaron a percibir una sonrisa que no era para nada condenatoria.

—No me gusta el catálogo. Está mal diagramado y la información no está bien organizada.

—¿Puedes dejar de ver las cosas con tu ojitos de experto gráfico? Además, supongo que ya has venido antes a esta exposición.

—Tres veces.

—¿No te aburres viniendo otra vez?

—No.

El catálogo contiene fotografías y fichas técnicas de todo tipo de relojes: de sol, agua, fuego, flores, el de ruedas y el de arena.

Con respecto a este último una joven guía recita de memoria una breve reseña histórica:

—En el siglo III antes de Cristo ya se conocía este tipo de reloj. Un bajorrelieve de esta época representa la boda de Tetis y Peleo. Entre los invitados de honor aparece Morfeo sosteniendo entre sus manos un reloj de arena. El reloj fue llevado por monjes europeos a la China y de ahí al Japón. En Europa este pequeño aparato surge de modo esporádico en el siglo XVI y en el XVII, y son muy abundantes en los camposantos. Cualquier losa sepulcral del período barroco se precia de tener grabado un reloj de arena. Si van al cementerio general de nuestra ciudad podrán ver que hay algunas columnas con capiteles adornados por estos relojes.

—Vamos a ver el resto de la exposición —susurra Gesualdo.

—Vamos —añade ella.

39

—Murió hace menos de una hora. En su habitación.

La policía lo está buscando a usted. Tiene que venir rápidamente al hotel.

En la voz intensa reconoció a Olga, la recepcionista del turno de la noche que había intentado impedirle pasar la noche en la habitación de Juliette. Ella dejó a un lado su

mojigatería cuando él le extendió un billete doblado por la mitad que la dejó callada. Ahora, la misma mujer lo ponía nuevamente en una situación incómoda.

Aunque tenía ganas de colgarle el teléfono, le respondió:

—¿Cómo pasó? Pero si la acabo de ver hace unas horas.

La voz de Olga tenía a Gesualdo embotado: desde la oreja donde tenía el teléfono móvil, hasta los pies que no dejaban de moverse bajo la mesa de trabajo, mientras por encima no veía más que rostros preocupados por la coloración de su rostro y el quiebre de su voz. Era la primera vez que le hablaban de Juliette. Era como si lo hubieran cogido en falta, develando de manera brusca la existencia de alguien que él creía que sólo era real para él.

—No sé, tiene que venir acá como sea. La policía lo va a buscar si usted no...

Esta vez sí colgó el teléfono. Trató de olvidar la llamada, pero no pudo. Estaba como flotando en un limbo, perdido en la *cronotopía*, ese concepto donde confluyen tiempo y espacio.

Estaba en la capital, en la sucursal de la agencia de publicidad, trabajando en una reunión de creativos. Tenía delante una computadora portátil donde estaba realizando un montaje fotográfico. ¿Cómo reaccionar ante una llamada semejante? No habían pasado ni siquiera tres horas desde que se despidieron en el puerto situado a quinientos veinte kilómetros de distancia y media hora de vuelo. A lo mejor, la voz de la recepcionista era algo que él se estaba inventando para olvidar a Juliette. Es probable que nunca haya conocido a la egresada de Psicología de una ciudad llamada Rennes.

Pensó en las fotos que ella había tomado. Había un par en que aparecían ellos dos. Pero no están en poder de él. Es ella quien tenía los rollos aún sin revelar. Él sólo guarda las tres instantáneas que un fotógrafo ambulante les tomó en el Parque Central. Imagina a la policía decomisándolo todo. Robando los objetos de valor. ¿De qué pueden servir los rollos sin positivar de una joven francesa, los palillos de incienso, las gomas de mascar, los *mini discs*? De pronto, su mente empezó a rebobinar los hechos. ¿Cómo tenían su número de teléfono móvil?

Tardó algunos minutos en recordarlo: al amanecer del segundo día, él había ido a verla y le dijeron que ya no estaba hospedada ahí. Se había quedado abatido ante semejante anuncio. El día anterior habían visitado la catedral (el primer acercamiento táctil). Habían almorzado. Paseado. Tomado fotos. Habían intentado hacer el amor y ella había reaccionado reacia, diciéndole nerviosamente que no era posible porque era «muy temprano».

Cuando él regresó a la mañana siguiente, le dijeron que Juliette ya había abandonado el hotel.

—¿Está usted segura? Revise de nuevo, por favor—pidió él.

Olga, la recepcionista de la mañana, le respondió categóricamente que la señorita Pereg no estaba.

—Por favor, dígame: ¿tiene alguna idea de dónde puede estar? Quizá se fue a otro hotel o a otra ciudad.

—Déjenos un teléfono donde podamos llamarlo.

Si sabemos algo, le avisamos. Los turistas suelen regresar.

Él extendió su tarjeta de la agencia de publicidad, diciendo muy serio:

—Ella no es una turista. Es una viajera.

—¿Cuál es la diferencia?

—No la entendería.

—¿Podría darme otra? Está muy bonita —exclamó la mujer colocándola en una copa de cristal enorme junto a otras tarjetas de presentación.

Le pareció fuera de lugar que a la recepcionista le gustara el pequeño paralelepípedo de cartulina de hilo con el colorido iconotipo de Olimpia. Mientras le daba otra tarjeta, recordó que Juliette le había dicho, citando a un escritor que él desconocía, que el turista sabe exactamente cuándo se va y que el viajero llega a un lugar sin saber cuándo debe partir. Se pasó cavilando en esto durante las siguientes dos horas que estuvo en la agencia, hasta que Juliette apareció guiada por la secretaria del departamento creativo.

—Nunca me fui. No sé por qué te dijeron eso

—contestó ella, ante los reclamos de él que suspiraba aliviado por el hecho de que la tarjeta, con la dirección de la agencia, la había traído de regreso a él.

—Marchémonos —le dijo Gesualdo tomándola de la mano.

—¿No tienes que trabajar? —inquirió ella.

—Los sábados no hay mucho que hacer. Además, Anselmo y Absalón me van a cubrir las espaldas.

—¿Cubrir las espaldas? ¿Qué es eso?

Risas de él. Asombro de ella. Enseguida le explica lo que quería decir la frase, y ella ríe porque la traducción no se parece en nada a lo intuido.

Fue así como los del hotel, y ahora los de la policía, tenían su tarjeta. La habían encontrado en la billetera de Juliette y en posesión de la recepcionista.

40

La doncella dormida en la eternidad. Simone quiere darle un beso pero no puede. Le asusta la lividez de ese rostro. La ve así, inerte, y se le hace difícil recordar cómo era cuando estaba viva.

Mira la arruga natural que tiene debajo de las fosas nasales. Gesualdo, unos metros detrás de Simone, recuerda cuando Juliette le dijo:

—En una película, cuyo nombre no recuerdo, un ángel explicaba que los primeros seres humanos no sabían guardar silencio. El ángel les enseñó cómo hacerlo.

Para ayudarlos les puso el dedo justo en la mitad de los labios. Fue así como se formó este pliegue que todos tenemos aquí.

Simone puso su índice en el labio superior de su hija. Gesualdo recordó que Juliette también le había hecho lo mismo a él la primera noche que yacieron en el tálamo.

41

Alguien me lee en el tranvía. Me sostiene. Yo me aferro a esos ojos. A ese interés. Había poca gente en el andén del metro. Tú me abres y yo te abro cuando me abres. Déjame ser tú. Un lector no lee un libro. Un lector se lee a sí mismo. El que mira un cuadrante no mira un reloj, tampoco mira el tiempo. El que mira las manecillas y las agujas está mirando a la muerte de frente.

El que contempla el oscilar de un péndulo está siendo hipnotizado por la Parca. Búscame entre los andenes de las palabras. Soy el espejo-reloj. Siempre en punto. A punto de estar en ti. Por ti. Los carteles violan tu solitud. Buscan hacerse un camino en la memoria. La marca de una cámara fotográfica. El eslogan seductor. La sicología de los colores ensoñadores. ¿Recuerdas cuánto gustabas de tomar fotografías? Tenías una frase: *La hora mágica*. Lo decías en inglés. No en tu idioma natal. De cinco a seis de la tarde es la hora en que la luz despide magia. Son los sesenta mejores minutos para tomar fotografías, según la lección dada por tu boca. ¿Quieres una novela al mes? Puedo hacerlo. Todo depende del cristal con el cual se miren los números de un nuevo reloj. Una novela por semana. No. No tendrías

tiempo para leerme. Tendrías que hipotecar tu tiempo sólo para leer una novela cada siete días. Podría darte una, hecha únicamente de números, como el reloj *Sveglia* que ves de cuando en cuando y que duerme en tu cartera. Es la única parte de ti que duerme: el reloj que te regaló tu padre. Alguna vez me enseñaste fotos de él.

¿Ya no lo recuerdas? Una novela puede nacer de esta *nouvelle*. Estás diciendo algo en inglés y de repente te vas al francés. Te pregunto qué dices y me recriminas.

Que no escucho. Que no pongo atención. Que todo el tiempo has estado hablando en español. Tú: sentada en el tranvía llamado deseo de leerme. Has logrado imprimir veinte y cuatro páginas esta mañana para que yo te haga compañía. Es la mejor forma de leer un libro que aún no se ha publicado. Imprimirlo gradualmente. Es casi como escribirlo el leerlo de esa manera. El autor, si es que existe uno, escribe de manera intermitente, entrecortada. ¿Por qué entonces no imprimirlo también de manera fragmentada? Llevas estas páginas numeradas por el tiempo que te toma ir hacia tu oficina. Veinte y cuatro cuadros narrativos por segundo. Veinte segundos y cuatro narraciones. Cuatro segundos y veinte postales. Léeme en tiempo de vals: un, dos, tres; un, dos, tres... sin dejar de mirarme a los ojos. Cuánto odio los puntos suspensivos. Es como suspender la eternidad. Es reemplazar el *et caetera*. Sé que son signos pausales o musicales, si se quiere. Para mí sólo son indicios del tiempo narrativo. Por cierto, ¿sabes dónde están mis ojos? Justo aquí, en este renglón, en esta escena que no puedes dejar atrás. No soy una coma. Soy ese punto y coma que aparece de manera intermitente, cada cierto número de páginas. Soy ese espacio en blanco que simula una pausa en el tiempo. Soy el cronotopo: esa entelequia donde confluyen de manera perfecta lo temporal y lo espacial. Cada vez que alzas la cabeza, ves a los personajes que te secundan en esta historia que ansía ir a todas partes pero que sólo va a un lugar a la vez. ¿Te has fijado en lo simbólico que es el número? Veinte y cuatro. Es el número de horas que tiene el día que duerme dentro de cada día. ¿Qué sentiste cuando el Big Ben dejó de funcionar noventa minutos hace tres meses? Te imagino caminando en las inmediaciones del palacio de Westminster, tratando de averiguar lo ocurrido. O divisando Saint Stephen Tower desde el Támesis viendo cómo los curiosos se aglomeran alrededor de ese palacio medieval. Nadie puede decir por qué un reloj se detiene. Quizá pueda dictaminarse por qué un corazón deja de latir. La última vez que el gran Ben se detuvo fue hace cuarenta y tres años debido a la acumulación de nieve en la torre. Yo no creo en tales explicaciones históricas. Estoy convencido de que el Dios del Insomnio ataca a los relojes en determinadas ocasiones y les regala paréntesis que ellos usan según les conviene. Si un reloj puede descomponerse, ¿por qué no una novela? ¿Qué parte de la historia empieza a fallar? ¿La intriga? ¿La rueda de escape? ¿Los personajes? ¿El áncora? ¿El estilo? ¿La corona? ¿El engranaje del resorte? ¿El espacio? ¿La estructura de cada acto? ¿La rueda de los minutos? ¿El tiempo narrativo? Después de esta última pregunta a estas páginas sólo les queda reírse. ¿Cuáles son los síntomas a través de los cuales se intuye que una novela está enferma de Tiempo? Es más fácil reparar un reloj de arena. En estos días hay relojes con tantas funciones que no sirven para leer la hora. Se usan para saber qué fecha es, cuál es la temperatura, cuál es la altitud, pero el don de dar la hora está vedado al primer vistazo. Si este libro tose eternidades o segundos luz, ¿significa que está empezando a descomponerse? Si tú, lector de lectores, elector de sentidos, estás poseído por el mal del Tiempo, ¿podrás ser curado? A fin de cuentas puede ser que la novela funcione perfectamente, pero es la persona que la sostiene la que tiene estropeados los mecanismos de lectura. El reloj de arena que es el libro fluye de manera corrida, sin ningún tropiezo. Si acaso presenta desperfectos, hay un mecanismo dentro de la historia que permitirá

repararlos sobre la marcha, de manera espontánea. No hace falta desmontar la ampolla de vidrio de los soportes de madera. Menos aún es necesario remover las varillas de metal que forman una pequeña jaula y que están insertadas en las esquinas de la pequeña estructura de madera. La novela- reloj se reescribirá sola, de la misma forma en que el lector irá reescribiéndola en la primera, segunda o tercera lectura. ¿Recuerdas las tortugas que viste en la universidad donde estudió Gesualdo? No tenías que ir al archipiélago para poder capturarlas en esos pequeños cuadros escritos con luz que se llaman fotografías. Para perpetuarse hay quien escribe novelas en forma de reloj o tiene hijos. Tú tomabas fotografías. Los quelonios habían sido bautizados con nombres ridículos e hilarantes. Cada creatura tenía una ficha con su nombre en latín y una biografía de personaje de tira cómica. Mientras esta *nouvelle* te hace olvidar que el tranvía en el cual viajas puede explotar en cualquier momento, yo estoy viendo cómo una tortuga se trepa sobre otra. No es nada. Sólo quieren verte mejor. Sé que ya no recuerdas un epigrama escrito en los hexágonos de una de ellas. Casi me muerde la mano. Son lentas en su andar, pero cuando quieren defenderse de un puñado de versos son muy agresivas. Es como el instante en el que decidí que debías morir y fue así, algo súbito, y tan veloz como el movimiento de la cabeza del quelonio. Uno hace mal en imaginar que ese cuello tan largo siempre está hacia adentro, como si estuviera protegiéndose de todo. ¿Te imaginas (no, yo sé que no te imaginas) que esta novela hubiera llevado otro título? ¿Novela-tortuga? ¿Novela laúd? Ese instrumento musical sirvió para bautizar a un tipo de quelonio cuya coraza era idéntica a la caja de resonancia del laúd. Claro, yo sé que para poder bautizar a esta historia como novela-laúd habría necesitado extenderla. Hacerla más morosa. Para ponerle ese título debí haber hecho un manglar muy extenso y enmarañado, no un bosque de bonsáis como el que estás leyendo en este instante en el que te pones nerviosa porque un extranjero, que está parado cerca de ti, lleva una mochila sospechosa. Estás convencida de que hay suficiente material para hacer explotar el final del segundo acto de esta historia. Desatar la bolsa de la espalda de ese hombre, será la forma más adecuada de desenlazar esta historia. Por eso le llaman *desenlace*. Simplemente se desanuda el lazo creado al principio de la trama. El nuestro es un imposible desanudamiento.

42

En la *morgue*, esa estatua de apellido Perec no tiene ni una sola fisura, ni un solo rasguño. Es una perfecta muestra de estatuaria clásica. Si nos ponemos a pensar que casi no existe una estatua griega que haya sobrevivido completa, si reparamos en el hecho de que casi todo el arte escultórico heleno sólo es conocido por las artesanales copias romanas, entonces hay que ver el cuerpo desnudo e inerte de la joven francesa con ojos de escultor. Se trata de una obra maestra. No hay hipérbolos en esta afirmación. Al analizar las estatuas del cementerio general o, mejor dicho, de cualquier camposanto del mundo, siempre vamos a encontrar desperfectos, pero no en *madeimoselle* Perec. Ella tiene cada miembro en su lugar. Su cabeza está entre sus hombros.

No es como la Victoria de Samotracia, mujer decapitada por el viento del tiempo. Sus brazos están donde deben. No es como la Venus de la isla de Milo desgastada por las ráfagas de las Espóradas. Las estatuas del cementerio son semidioses caídos según el gusto de los tiempos. Obras menores que no fueron resguardadas en galerías o pabellones adecuados especialmente para ellas. Un ángel-niño con alas rotas que luego visitará a la extranjera adquiriendo la forma de un pequeño esqueleto empuñando la guadaña. Una mujer desnuda (sin su mano derecha) tan parecida a la

occisa. El perfil incompleto de un arcángel por la ausencia de un tabique. Donde debe haber un pie descalzo apoyado en una baldosa sólo hay vacío. Si hay un gran escultor al que echarle la culpa del sórdido encanto de la estatuaria del cementerio, ese dios debería ser el Tiempo o el Clima. Si hay un dios del sueño, entonces también debería haber un dios del insomnio al cual culpar de la belleza del cadáver de Juliette.

43

Morir lejos de casa es algo que no está planificado. Ese lado inmortal de todo viajero se agranda en un viaje, sobre todo porque estamos hablando de Juliette Percec, de la cual sólo bastaría ver su pasaporte para darnos cuenta de que morir se no es algo que está contemplado por alguien que tiene la compulsión de viajar entre dos y tres veces al año. No estaría de más imaginarla ajustando su reloj con la hora de cada país al cual llega (Imaginarla porque ella no usa reloj. Muy rara vez contempla las manecillas del *Sveglia*, regalo de su padre que siempre lleva dentro de su bolso). Los cinturones ajustados. Conservar el anuncio de no fumar. Las turbinas se encienden. Los alerones se alzan. La imaginación no desdeña detalles sobre el posible estallido: la desintegración de la nave y de cada cuerpo que comulga con el vacío. Pero una vez que el avión empieza a navegar a través de las nubes todo mal pensamiento se aleja, sobre todo cuando las azafatas empiezan a servir el refrigerio. La sonrisa de una de las chicas cuando recita el menú no da pie para pensar que la Parca está acechando afuera. Dentro de todo ese repertorio de muertes que todos manejamos debajo de nuestros cabellos, ¿habrá logrado ella vislumbrar que el azar iba a detener su corazón como un reloj que de pronto se descompone sin una explicación aparente?

44

En el momento en el que la *horloge nouvelle* ha terminado, Simone y Maurice están emprendiendo el viaje de retorno a Francia. Gesualdo ha ido a despedirlos al aeropuerto. Esos trámites de la muerte tan usuales (levantamiento del cadáver, autopsia, velatorio, cremación, papeleo con el consulado de Francia) han sido superados.

Nubes hechas de sombras es todo lo que hay tras la ventanilla. El doctor Maurice Piccoli sueña despierto que está dormido. Sueña que sueña en su asiento-cama con las manos abrazadas a una cerámica griega a la que llama «la prometida de la quietud» citando a John Keats. En su mente mezclaba versos del poeta inglés con imágenes en las que aparecía Juliette Percec.

—¿Sería pertinente aclararte lo que es un lécito?

—Claro que me lo puedes aclarar, Maurice.

—Es un vaso en el que los griegos ponían cosas. Es alargado casi parecido a una botella.

—¿Qué tipos de cosa se ponían en ese vaso, *mon amour*?

—Dinero, pertenencias, joyas, pero el nuestro es un vaso funerario.

—¿Y se puede saber qué contiene este lécito?

—Tus cenizas, Juliette.

—Ya me mataste tan rápido.

—Destino de todo personaje es la muerte.

—Okey, acepto mi destino, pero... ¿podrías describirme el vaso en el que estoy atrapada como un genio?

—Primero, ubiquémoslo en el tiempo: siglo V a.C. La cerámica ática es un tema que particularmente me fascina.

—Suenas a historiador del arte o arqueólogo. No pareces un neurólogo.

—Estoy soñando. Todo está permitido.
—Eso es lo que tú crees.
—¿Que estoy soñando?
—No, que todo está permitido. Además, padecemos de insomnio total. Nos está prohibido dormir, peor soñar.
—Déjame continuar con la lección. En la antigua Grecia había vasos grandes y panzudos destinados a contener líquidos o granos. Están el ánfora, el estamno y el pitos.
—Pero dime cómo es aquel en el que estoy metida.
—*Festina lente*. Vamos despacio. Todo a su debido tiempo. También tenemos las cráteras, que eran vasos grandes con una boca muy ancha en donde se mezclaban el agua y el vino.
—Claro, los griegos rebajaban el vino con H₂O.
Eso me lo enseñó mi padre.
—Los vasos que se usaban para beber eran la cílice o copa, el escifo o taza y los cántaros o copas de pie que nunca faltaban en los cultos a Baco.
—Y ahora metes a Baco en esto. Siempre te gustó beber, Maurice.
—Últimamente no tanto. He tenido que dejar la bebida.
—¿Por qué?
—Puedo despertar a mi insomnio.
—Tonto. Cuéntame de tus amigos griegos. ¿No tenían jarras?
—Sí, para servir los líquidos. Las que eran para el vino se llamaban enócoes. Las que eran para el agua, hidrias, que tenían tres asas que permitían transportarlas con más facilidad. Pero aquí viene lo que nos interesa.
—Ya sé, la urna en la que estoy metida es un alabastrón.
—No, es un lécito, con decoración sobre fondo blanco; en este fondo se pintaban figuras de color negro.
Este tipo de vaso o urna contenía ofrendas de aceite perfumado, vino o leche que se depositaban en las tumbas.
—Qué nombre más feo ese de lécito.
—Puedes llamarlo vaso ático.
—No, mejor urna griega.
—Si quieres. Nuestro vaso mide dieciocho centímetros de alto, de cuello alargado...
—Ah, como el cuello de un cisne.
—Vale la comparación.
—Todo lo que me has dicho suena a catálogo.
—Suena a ti, Juliette, tú eres una marchante o al menos querías serlo.
—No hay que saber mucho de arte para vender arte, ¿o sí?
—Si te dijera cuántos marchantes marchan con su ignorancia por el mundo.
—¿En qué ciudad estoy?
—Estamos llegando a París, *ma chérie*. Luego tomaremos el tren a Rennes.
—No me digas así. Sabes cuánto odio que me digan así.
—*D'accord*. No te diré *ma chérie*.
—Continúa con la historia. Está más interesante que la *horloge nouvelle*.
—Estás loca. Esto que te estoy contando es la verdadera novela-reloj.
—*Allez*.
—No te ha ido bien. Tenías una página web a través de la cual intentabas manejar un negocio de compra y venta de arte. Reuniste unas cuantas antigüedades pero te estafaron. No todo lo que tienes es auténtico. Tienes piezas que tú considerabas valiosas pero te han dicho voces autorizadas que son falsas. Eres esquizofrénica.

Has tenido otra de tus crisis. Estás recluida en un hospital. Estás a punto de morir. Tienes una enfermedad irreversible que se llama insomnio fatal familiar que te va a llevar a la muerte.

—¿No me dijiste hace un minuto que ya estaba muerta y que mis cenizas están en este vaso griego?

—Sí, estás muerta, pero en este tramo de la historia estás viva, aunque el anuncio de tu muerte sirvió para cerrar el primer acto.

—¿Ya sabes cómo va a ser el segundo acto de esta historia?

—Claro, vamos a ver ciertos detalles medulares de tu relación con Gesualdo.

—Me parece aburrido.

—No creo que te hayas aburrido con el latino.

—Es mejor si le pones algo más de drama: mi madre llega a ver mi cadáver.

—Acompañada de mí, obviamente.

—Claro, no la vas a dejar venir sola, *Monsieur doctor*. Es su primer viaje a Sudamérica y tú sabes cómo odia a los latinos. ¿Qué te parece si ella trae el lécito para depositar mis cenizas ahí?

—Es lo que menos podría hacer, *madeimoselle* Perc.

—¿Por qué?

—Las cenizas de tu padre y de tu hermano Julien están ahí.

—Tienes razón, me acabo de acordar. Es el lécito que estaba en el anticuario junto con otras piezas antiguas.

—¿Por qué no inventas algo emocionante tipo película de James Bond?

—Bueno, estamos utilizando papel bond para imprimir los borradores de esta historia.

—Me habría gustado que fueras así de gracioso. Siempre me pareciste impostado.

—Te habría gustado que fuera como Gesualdo.

—Digamos que sí.

—En este sueño yo soy él.

—Ajá, y yo soy el vaso griego.

Maurice ve a Simone dormitando. Sabe que fiel a sus hábitos en cualquier momento despertará sobresaltada para luego volver a dormirse. Maurice saca su reloj de bolsillo, lo abre pero no ve la hora. Sólo quiere contemplar el rostro difunto del tiempo.

45

El padre Jacques Lambert se deleita en el hecho de dar una misa de cuerpo presente en su idioma natal. Pocas veces tiene la oportunidad de hacerlo. En el sermón parafrasea a sus autores de cabecera, san Agustín, uno de ellos, mientras suena el *Agnus Dei* de la *Missa Solemnis* de Ludwig van Beethoven.

—¿Qué es el tiempo?, se pregunta el obispo de Hipona y él mismo se responde: «Si nadie me lo pide, lo sé; si quiero explicarlo a quien me lo pide, no lo sé».

Simone está pensando que las disquisiciones del cura se parecen mucho a las que tenía su esposo.

Maurice le pregunta al joven diseñador:

—¿De dónde sacaste a este cura? Está genial.

—Es amigo de mi jefe.

—¿Tu jefe debe ser ateo, no verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Sólo un ateo puede tener como amigo a un cura filósofo.

Las estatuas cobran vida en el ojo de Juliette. Esta vez ella no tiene su cámara *Canon*. En la madrugada en que Gesualdo la ha dejado sola, va a la puerta número tres del cementerio general.

Esta es la puerta de la nueva vida, dice la leyenda en latín situada en la parte superior del pórtico. Las enormes puertas están cerradas. Ella se acerca a las rejas y sus puños se cierran blandiendo las varillas metálicas como si estuviera presa.

De pronto, las puertas se abren solas, lentamente, como si manos invisibles intervinieran en ese truco de película clase B. No hay un alma que calme la presencia de tanto silencio. Tan sólo once gatos que están en la primera banca. No hay cómo confundirse. Se entra a cualquier hora del día y el grupo de mininos siempre está ahí. Unos están en el piso ajedrezado, otros en la superficie rugosa de la banca, tan áspera que horas atrás obligó a Gesualdo a poner la leva de su terno para que ella pudiera sentarse. Palmeras a cada lado, en cada riel del césped maltratado por alguno de esos guardias que ansían coimear a todo aquel que va a sacar una cámara.

Las palmeras son terriblemente altas como si quisieran besar las nubes azucaradas. Los postes metálicos del alumbrado están diseñados a la manera de columnas griegas. Ella acaricia un fuste cubierto de estrías. Echa hacia atrás su cabeza para admirar el capitel simple del cual penden los faroles.

Son las acacias y las palmeras las que resguardan los nichos, las bóvedas, los templetos, las cruces, los gatos, los bustos, las efigies, los relieves, las lápidas, las placas funerarias, las ofrendas florales, las cruces... Es mejor no interpolar adjetivos en esta enumeración. No hay calificativo que sirva de buena compañía a cada cosa encerrada en la micrópolis donde vive la muerte. Al fondo, a doscientos metros de distancia, en el punto de fuga de la perspectiva de Juliette, está el mausoleo de uno de los primeros presidentes de la pequeña república imaginaria. Ni siquiera las guías, esas muchachitas que repiten de memoria lo que han leído, de manera tan recitativa y vacua, saben que el rey griego Mausolo de Halicarnaso fue el que dio origen a la costumbre de construir esos monumentales túmulos, hartos ya de los hipogeos y los sepulcros subterráneos.

Los pies descalzos avanzan por la calzada mientras las estatuas van despertándose. Era como si hubieran estado esperando la llegada de la extranjera. Más que una calzada parece una avenida que termina en uno de los cerros que rodean a la ciudadela blanca.

El viento hace ondear la falda de ella como si fuera la bandera de un país ignoto. Los pies corren a la velocidad de una de las tantas mitografías que abundan en el aire. Todo cementerio tiene sus leyendas, y Juliette está a punto de convertirse en una. Dos hileras llenas de césped mal cuidado avanzan desde la entrada hacia el mausoleo. Cada hilera está separada por un metro y ochenta centímetros de distancia. Cuando ella se agacha para acariciar el césped canoso, sus manos encuentran el pelaje de uno de los gatos. De reojo percibe el aleteo de un par de alas. Parece ser un miembro de esa pléyade celestial (en la que ella no cree) formada por serafines y angelotes, ángeles y arcángeles. De todas las estatuas que están despertando del insomnio fatal del tiempo, la más hermosa es la del pequeñín que descansaba sobre la tumba de un tal Gentile.

Las alas del niño se están moviendo sin que el resto de sus miembros se haya enterado. El escultor (un italiano cuya historia es recitada de manera cursi y afectada por las guías) puso énfasis en el ropaje pesado y barroco. Mientras el ángel-niño duerme con la cabeza apoyada en un taburete, la mayor parte de su peso va hacia delante. Bajo la luz mortecina del alumbrado de la pequeña avenida, ella ve el par de

alas que se van desperezando. Se mueven lentamente al principio, pero segundo después parecen de un ave que lucha por salir de su cautiverio. El plumaje no es vistoso una vez que cobra vida. Es de un color macilento que se bate en retirada ante la espada del tiempo. Una vez que las alas logran desentumecerse, el resto del cuerpo (¿o habría que decir el resto del mármol?) va encarnándose hasta convertirse en un verbo, en un movimiento tan real que la criatura no parece salida de un programa de computadora, menos aún del alucinante insomnio de la francesa. Las alas replegadas en las costillas del niño empiezan a elevarse. El barroquísimo ropaje hecho de pliegues arrugados ya no es de mármol. Ahora abunda la tela blanca que habrá de ser cortada por el silencio. La túnica ya no es amarillenta. Juliette ha dejado al gato para acariciar la testa del infante. Besa la manito, justo donde falta el dedo índice y anular. La besa pensando que el tiempo vuelve a esculpir las estatuas una vez que abandonan el taller del artesano. *Hic nova vitae porta est*, dice la leyenda inscrita en la parte superior del arco. Es la puerta de la nueva vida para las esculturas que irán modificando sus formas de acuerdo a las lluvias y a los vientos.

Si en un ser humano las arrugas, la artritis, la osteoporosis o la curvatura de la osamenta constituyen indicios de un reloj biológico que avanza desbocado; las mutilaciones son, en una estatua, las pruebas irrefutables del paso del tiempo. Juliette acaricia la cabellera aceitada por los siglos. La cabeza se levanta y la joven constata la ausencia de cejas, los ojos blanquísimos. Piensa que el infante no está cuidando del sueño de un muerto. Se le ocurre que está protegiendo el insomnio del tiempo, su tiempo.

47

Un bosque de cervezas vacías acoge a los dos hombres que amaron a la doncella de Rennes. Están en el Café Santiago discutiendo sobre la naturaleza de Morfeo. ¿Existe el sueño para salvaguardarnos del paso del tiempo o para decantar la información recibida durante el día? ¿Para depurar el disco duro de nuestras vivencias, para ayudarnos a desechar recuerdos inútiles o para optimizar las funciones inmunológicas? Las preguntas no serán contestadas ante las botellas de color café que ostentan etiquetas amarillas. «Bebida de moderación», dice debajo del iconotipo de un trigo. ¿Sirve el sueño para moderar la vida?

Maurice le cuenta a Gesualdo que los últimos meses de vida de Claude fueron poco soportables. Era paradójico estar confinado a una cama que no le servía para dormir. Sus párpados cerrados temblaban encima de sus globos oculares. En algunos momentos de lucidez, el papá de Juliette todavía podía leer. Recogía, con su dedo índice, sus lentes de carey de la punta de la nariz para empujarlos hacia arriba y seguía utilizando un pañuelo de seda en la solapa de su pijama. Iba tabulando los días en un calendario que reposaba en su velador.

Madrugadas enteras gritaba encogido de piernas y brazos. A veces se levantaba pero enseguida tenía que volver al lecho debido al vértigo y a los músculos flácidos que no le respondían. Algunas noches las pasaba peinando su cabello con un sopor alucinante, pensando cómo acicalarse para la fiesta de coronación de Napoleón Bonaparte. Se afeitaba y media hora después volvía a hacerlo. Simone, que había abandonado su trabajo en el hospital de Saint Étienne para ser la enfermera personal de su esposo, le decía:

—Pero si te afeitaste hace un momento.

Al enfermo le era indiferente la burla de los vecinos que pasaban mugiendo por las afueras de la casa.

Era el auge de la enfermedad de las vacas locas, mal asociado erróneamente con el IFF. La adolescente Juliette buscó trabajo para tratar de solventar los gastos familiares, ya que el negocio de las antigüedades había declinado. Al igual que la familia Roiter en Italia (la primera víctima de los paparazzi), los Perec también habían aparecido en los medios de comunicación. Debido a la exposición mediática nadie quería contratarla por ser portadora del gen mutante y de haber pedido un seguro de vida se lo habrían negado inmediatamente.

En la universidad ya se estaban maquinando estrategias para evitar que la Sonámbula, como la apodaban, se gradúe de sicóloga. El argumento para no dejarla ejercer era muy sencillo: una persona que no estaba sana, ni física ni psicológicamente, no podía ayudar a ningún paciente.

La convicción de la decana de la facultad de filosofía fue más lejos: «Si igual se va a morir, para qué le vamos a dar un título que nos va a desprestigiar como institución. Para nosotros es una simple egresada y nada más».

Lo más humillante para Juliette fue la firma del acta de defunción de su progenitor. Se tuvo que rogar a las autoridades de salud de Rennes para que pongan Alzheimer como causa de muerte. Se lo hizo para mermar un escándalo social que iba en aumento. Lo mismo sucedió con el acta de defunción de Julien Perec, hermano de Juliette, que huyó de casa por tres razones: la burla de la ciudad, la impotencia ante la enfermedad de su padre y la sospecha de ser portador del gen fatal. Lo más terrible fue traer su cadáver desde París dos años después de estar desaparecido. El detonante de la fuga fue el momento en el que le obligaron al joven a que se hiciera exámenes para confirmar si tenía el gen maldito.

Un doctor que no era Maurice aconsejó no someter al chico Perec a semejante tortura, pero Simone y su hija no quisieron escucharlo. Julien se negó a hacerse la pruebas (resonancias magnéticas, exámenes cognitivos y sanguíneos, tests de memoria, encefalograma y estudio del ADN) y al día siguiente se dedicó al arte de la fuga. Dos años después murió en un accidente de tránsito que trituró su cráneo y dejó inutilizada la masa encefálica para cualquier análisis.

—La sola tensión de tener que ser examinado puede desatar el mal —explica Piccoli al diseñador gráfico.

—Juliette me contó que Simone había contratado a una persona para rastrear historias clínicas de la familia.

—Sí, fue alguien que remeció el árbol genealógico. Lo movió hasta poner todos los secretos familiares a la vista de todos. El hombre escudriñó dos siglos de archivos.

Las actas de defunción contenían males rarísimos como *combinación de epilepsia y fiebre*, *meningitis*, *mal de von Economo* (encefalitis letárgica), *leucoencefalitis*, *encefalopatía alcohólica*, *fiebre gástrica nerviosa*...

Todos estos nombres eran seudónimos de lo que luego sería bautizado como IFF.

Gesualdo quiere escuchar de boca de un neurólogo en qué consiste la peste del insomnio perpetuo.

—Es un semi coma de ojos abiertos, un estado de aletargamiento que no te da un descanso real. El organismo sigue empeorando hasta que se pierde el equilibrio y la capacidad de caminar o hablar. Por un tiempo permanece intacta la capacidad para pensar. Luego hay delirios, alucinaciones. En el caso de Claude el paciente puede hablar de su agonía e incluso escribir sus pensamientos.

—Juliette me decía que todo ser humano viaja diariamente del sueño a la vigilia. Según ella, viajaba en un tranvía que iba de una vigilia menor a una mayor.

—Te lo explicaré de otro modo. Hay una vía cerebral llamada sistema reticular ascendente que está en el tronco del cerebro. El IFF inhibe ese sistema que se supone

que energiza tu cerebro y te mantiene vigilante, alerta. Para dormir ese sistema tiene que estar siempre funcionando, no puede estar averiado. En una persona con IFF el sistema reticular ascendente desaparece.

Esto provoca que el cerebro esté constantemente estimulado. Ese sobre estímulo es lo que le impedía a nuestra Juliette dormir.

—Cuando estaba con ella intenté mantenerme despierto para tratar de entenderla, pero me fue imposible.

—El insomnio forzado apenas te permite entender un par de cosas.

—He leído en Internet que se han hecho experimentos para estudiar los trastornos del sueño y que el límite del insomnio provocado es de tres o cuatro días.

—Cinco, Gesualdo. No creas todo lo que lees en la volátil red global. El récord de una persona normal sin dormir es de cinco días. Se supone que duermes para recuperar energía. Si no recargas las baterías de tu cuerpo, te mueres literalmente de cansancio. Juliette era como una vela que se consumía gradualmente por el viento del tiempo. Imagino a todos los pacientes con IFF como llamas de un candelabro que se va apagando de manera paulatina.

—Usted es un poeta, Maurice.

—No, es la cerveza la que habla por mí. Pide otra. Y ya que quieres más poesía ahí te va una perla que he pulido en mis noches de vela. El insomnio fatal familiar es un mal que, irónicamente, sí puede dormir. Es en serio. Puede estar dormido durante décadas y un día despierta para apoderarse de ti. Está agazapado esperando pacientemente la forma de darte el zarpazo.

El diseñador gráfico le hace una seña a Benito, amo y señor de la barra, para que sirva la octava ronda.

—Te confieso que intenté llevarla a una clínica de trastornos del sueño pero se rió.

—Ella visitó muchos centros de ese tipo en Europa.

Era imposible encontrar respuestas. Si los gobiernos financiaran estudios para este mal podríamos hasta curar, quizá no el IFF pero sí el insomnio normal.

—¿Entendí bien o quizá no domino el *franglais*?

¿Me estás diciendo que el IFF es incurable pero que estudiarlo puede ser un camino para curar los otros tipos de insomnio?

—Correcto. También podrían remediarse el Creutzfeldt Jacob y hasta el Alzheimer.

—Juliette me habló de unos experimentos que alguien había hecho con unas ratas.

Maurice cuenta en tono doctoral que el Premio Nobel Stanley Prusiner, el científico que descubrió los priones, extrajo materia del cerebro de un enfermo de IFF. Después inyectó parte del elemento extraído en ratones genéticamente modificados para producir priones humanos. Los ratones se infectaron con IFF. Esto hizo que Prusiner repitiera el experimento con materia cerebral de víctimas de Creutzfeldt-Jakob, obteniendo resultados similares. Después mató a los roedores e inyectó los priones de los ratones enfermos en sanos, y una vez más, contrajeron los dos males. La conclusión fue clara: los priones malignos causan enfermedades, tal y como lo hacen bacterias, virus y parásitos.

—Me gustaría ofrecerme como ratoncillo de Indias para tener la misma enfermedad.

—Te cuento que las probabilidades para que tengas IFF son una en treinta y tres millones. Aunque uno nunca sabe. De repente te sacas la lotería.

—¿En una familia con este mal cuántas probabilidades hay?

—Una en dos. Todo miembro familiar hereda la mitad de los genes de sus padres. Cuando uno de ellos tiene el gen del IFF, cada hijo tiene una probabilidad del cincuenta por ciento.

Maurice rememora la visita de Marie, una tía paterna de Juliette. Tenía cincuenta y nueve años, acababa de pasar por la menopausia y además estaba deprimida por la muerte de su hermano Claude. La tía empezó a alucinar y a desesperarse por su sempiterna vigilia.

—Me la trajeron porque un neurólogo de Marsella le había diagnosticado demencia. El doctor le dio sedantes que no hicieron más que empeorarla.

La tía Marie murió unos meses después, en la misma cama de su hermano, pesando treinta y dos kilos.

—Te voy a contar algo que te puede dar esperanzas de contraer insomnio fatal. Están apareciendo casos en el mundo en los que la procedencia del mal no es hereditaria.

—Suenan a una fábula de Discovery Channel.

—Se llama Insomnio Fatal Esporádico. Apenas hay ocho pacientes en el mundo y no me preguntes por detalles porque es poco lo que se sabe de él. Es exactamente el mismo tipo de insomnio. La diferencia es que han contraído el mal de manera no heredada.

—Me siento encerrado en una pesadilla de Juliette.

—Antes —concluye Maurice—, pensaba que lo peor que le podía pasar a uno en la vida era contraer

Alzheimer o el virus del VIH. Ahora hasta un accidente de tránsito es más que bienvenido. Cualquier cosa menos el IFF.

—Lo peor que podría pasar es que hayas fingido tener esa enfermedad para estar al lado de Juliette.

—O quizá soy una rata que se inoculó el mal para entender mejor a la amada. Mejor pide otra ronda, *mon ami*. Sigamos alucinando juntos.

48

El nerviosismo y la incertidumbre hacen que el tiempo se detenga. Esto no es un lugar común. Es un asunto muy certero, y lo sabe Gesualdo, en el avión de regreso al puerto, que no para de ver la pantalla de su celular que curiosamente le sirve como reloj. El teléfono móvil ha reemplazado a la agenda, al correo tradicional, a la máquina contestadora casera, a la calculadora, a la consola de los juegos de vídeo, y ahora al Tiempo.

Mientras espera que el avión aterrice, Gesualdo envía mensajes de textos y correos electrónicos... Él, tan acostumbrado a las transgresiones, cree que es una mentira que los aviones se estrellan porque uno de sus tripulantes usa un teléfono móvil. «Mantener los celulares apagados porque pueden interferir con los sistemas de navegación aérea», repite en voz baja Gesualdo, burlándose de la grabación que se escucha por los altoparlantes.

49

Los efectos personales de Juliette permanecieron en su habitación. La 202. Era como si los objetos hubieran estado aguardando a que llegara Gesualdo que tuvo que hacer una de esas largas colas que en los aeropuertos se denominan «filas de espera», y cruzar los dedos para conseguir un asiento sin tener una reservación previa.

Olga, la recepcionista de la noche, no tenía en el rostro la estupidez de siempre, más bien lo saludó con cierta conmiseración, como si él fuera el viudo. Pidió subir a la habitación y ella, en vez de decirle que no, como lo hizo noches atrás, le anunció que iba a llamar al gerente. Éste también lo saludó con cierto pesar como si fuera el máximo condoliente y lo guió hasta la recámara, en el segundo piso del Hotel Nadir.

Siete horas habían pasado desde que había visto a la egresada de Psicología por última vez con vida.

La primera noche en que el amor fue hecho, ella tuvo ganas de pedirle que se quedara a dormir en el hotel, pero no lo hizo. Toda la noche se arrepintió y no hizo más que dar vueltas en su cuarto pensando en abrazarlo. La cama del hotel era demasiado grande para ella, para el deseo de estar con él y con los fantasmas de sus temores.

—Quiero verte dormir.

Esta frase sólo sería entendida a cabalidad por Gesualdo horas después.

A eso de las once y treinta de la mañana se habían despedido en el aeropuerto en un abrazo que intentó ahogar el futuro. Él iba a estar tres días en la capital de su país, y ella regresaba a Rennes al día siguiente. Él tenía que trabajar en Quito, en la elaboración de una campaña del gobierno a favor de la puntualidad.

En el puerto aéreo pudo comprobar cómo la efigie de la francesa imantaba miradas por doquiera que sus pasos la llevaran.

Gesualdo aprovechó para acompañarla a las oficinas de KLM para confirmar el vuelo de regreso a Europa. Ella fue por insistencia del ecuatoriano que le dijo que no podía confiarse del caos y el desdén tan usual en las instituciones.

—Tú siempre hablando mal de tu país.

—¿Tú no hablas mal del tuyo?

—Sí, pero no de esa forma.

—Ah, entonces, viva la France.

De no haber concurrido, ella habría perdido su cupo en una de las mayores aerolíneas del mundo que acumula cientos de reservaciones que deben ser sometidas a confirmación. De no haber ido a verificar, él no habría constatado una vez más que ella era tratada como una emperatriz doquiera que iba, mientras él sólo era el *garçon*, el plebeyo, el *valet*... O al menos así era como se sentía.

50

Gesualdo está con su mirada perdida en el reloj de su computadora portátil cuando recibe la noticia de la muerte de Juliette. Se halla inmerso junto a otros creativos en aquello que la jerga publicitaria denomina *brainstorming* o lluvia de ideas. Mientras los demás discuten los pormenores de la Campaña Nacional de la Puntualidad, él está abstraído pensando en cuán ridículos son esos números —de la parte inferior de la pantalla— que constituyen un simulacro de reloj. Para él es una falacia lo que tiene delante. ¿Qué sentido puede tener el reloj con números en una *laptop*? ¿No es una forma de controlar las relaciones sociales de producción?

El computador recuerda al usuario que está inmerso en un tiempo laboral. No es un reloj, piensa el diseñador gráfico, es un cronómetro de esclavos, y alcanza a escuchar al director creativo que enseña un anuncio de cartulina esmaltada (18x10 centímetros con un orificio que permite colgarlo en una puerta) en cuyo anverso se puede leer: «Pase, usted está a tiempo para esta reunión». Gesualdo hace clic en los números que dicen 16:28 y aparece un tablero con un reloj en la parte superior derecha, o mejor dicho, el simulacro de un reloj que mueve su minutero de una manera tan falsa como si se tratara de un relojito de juego de vídeo. En la parte superior izquierda ve un calendario con el mes y el año; en la parte inferior dice *Time zone* y se alcanza a leer: «(GMT-5:00) Lima, Bogotá, Quito». Jugando con el ratón cambia a la hora-zona a «(GMT+1:00) Brussels, Copenhague, Madrid, París, Vilnius». Cree que va a suceder algún milagro. Algo así como que las manecillas van a moverse y anunciarán mágicamente la hora de Juliette, pero no es así. Le molesta que encima del reloj

virtual se lea *Time*. No es una palabra que merece estar encima de algo tan mal diseñado. La aguja del minutero está fragmentada, como si fuera un clip trizado, con los pedazos superpuestos. Los números están ausentes.

En lugar de ellos se ven doce pequeños diamantes que intentan marcar las horas.

—*This is not time* —murmura, justo en el momento en el que suena su celular y se escucha decir con voz temblorosa—: ¿Cómo pasó?

Luego cuelga. Recibe imprecaciones del *copy*, del bocetista, del conceptualizador, del director creativo...

—Dinos qué sucedió, hombre.

—Se murió un pariente —es toda la información que da—. Tengo que volver a Guayaquil en este momento.

La cara de Gesualdo no da pie para preguntar si se trata de una tía, un primo, una abuela... Como él es muy reservado en sus cosas nadie se anima a preguntarle nada.

—Yo te llevo al aeropuerto —le dice el *copy* que había propuesto el siguiente micro texto para el reverso de la cartulina plegable de la campaña por la puntualidad:

«No pase. Esta reunión no admite retrasados». Es la cartulina que Gesualdo imagina que le está esperando en la perilla de la puerta de la habitación 202 del Hotel Nadir.

—¿Y si esta es la última vez que nos vemos, Juliette?

—Pues será la última. No quiero que me veas morir de IFF.

—Lo dices como si nada.

—Lo importante es estar. Qué importa lo que venga mañana.

—¡Qué raro que tú digas eso siendo tan planificadora con tu futuro!

—Gesualdo, no puedo estar lamentándome por una separación inminente. Pierdo mi presente si me lamento por el futuro.

—A ti lo único que te interesa es llegar a un país, asimilarlo, absorberlo y te vas llevándote cosas nuestras.

¿A mí quién me va a devolver todo lo que te di?

—Ah, soy una mala inversión.

—No quise decir eso, *madeimoselle*. Hablo de una inversión emocional.

—No, quisiste decir inversión económica.

—Para ti solo soy el latinito que conociste en este lado del mundo.

—No entiendo tus complejos. Trato de entenderte y no puedo.

—No sé, no he viajado tanto como tú, pero supongo que no es la primera vez que te ha pasado esto, aunque me digas lo contrario.

—Cada vez que se conoce a alguien es la primera vez. Si tú vas a Rennes, igual te conoceré por vez primera.

—En cada país al cual vas, deben sucederte historias como ésta. Es tu forma de dejarte absorber por el lugar, también te involucras con el primer hombre por el que te dejas convencer.

—Entonces debería decir que tú haces lo mismo con cada turista que logras levantar.

—En primer lugar, ya hemos quedado en que no eres una turista; en segundo lugar, nunca me he acercado a ningún extranjero o extranjera en toda mi vida.

—Entonces, ¿qué estamos discutiendo, relojero de arena?

—Me molesta de ti la ambigüedad con la que tratas el tema del futuro. Eres parca al respecto. Si me tomaras en serio...

—Por lo menos déjame digerir todo lo que me ha ocurrido. No es fácil. No te puedo mentir y prometer algo.

—Te digo que quiero ir a Francia en un par de meses y tú te resistes, me cambias de tema.

—Yo también tengo una vida. Tengo que arreglar mis cosas allá.

—Me dices que sería genial que nos encontráramos por casualidad en Francia, así como nos hemos conocido por casualidad aquí. Eso es una tontería.

—No lo pensarías así, si fueras yo.

—Para ti solo soy tu paciente latinoamericano.

—¿Sabes qué? Creo que es mejor que dejemos de hablarnos cuando tengamos que despedirnos.

—¿Cómo así?

—No tiene sentido seguir hablándonos. No creo que debamos caer en esa tontería de mandarnos *mails* o manuscritos cursis, peor postales, regalitos o eso de llamarnos por teléfono desde la cabina de algún *cyber*.

—Pero eso es lo que hace la gente normal: se comunica de esas maneras.

—A lo mejor no soy normal.

—A lo mejor no quieres comprometerte.

—Puede ser, Gesualdo, pero lo que no quiero es que te sientas en la obligación de ir a Rennes.

—Quiero. Ansío ir.

—La verdad, Gesualdo, no sé si voy a volver.

—La cuestión es si quieres.

—No voy a responder eso.

—Sí, ya sé que no te gustan las preguntas, Julie.

—No me digas Julie. Suena tan *american*.

—La gente normal contesta a preguntas tan sencillas como: ¿Quién es tu mejor amiga? ¿Cuál es el episodio más feliz de tu niñez? Tú no contestas nada. Yo te he contado todo lo que he podido sobre mí.

—Yo no te lo he pedido.

—Para ti cada pregunta es como si violaran tu privacidad, tu ser...

—Mis recuerdos duermen. No quiero despertarlos.

51

Simone, la madre de Juliette, llegó a la ciudad treinta y ocho horas después de la muerte de su hija. Lo hizo en compañía del doctor Maurice Piccoli.

—Venimos a este país donde aún hay salvajes que reducen las cabezas de sus enemigos.

—No crea todo lo que ha oído sobre Ecuador —le respondió Maurice.

—Puedo creer cualquier cosa de un país situado justo en la mitad del mundo, en la línea equinoccial, y que tiene un nombre que parece africano.

El puñado de horas de diferencia hizo que la señora de cincuenta y un años estuviera más malhumorada que de costumbre a causa del *jet lag*, hermoso nombre para ese síndrome de la alteración del *cronotopo* que es el desfase horario. Al bajar del avión, le dijo a su compañero de viaje:

—Debería de haber una hora universal. Esto de tener que atrasar las horas es patético. En este lado del mundo siempre están atrasados. Aquí es ayer. Del lugar del cual venimos es mañana.

Durante el vuelo, Simone se sirvió la comida típica que le sirven a los pasajeros V.I.P. Cuidó su delicado hígado con *pâté en croûte* y para evitar la *pâtisserie* con crema, pidió un *murols* (excelente queso *auvergnat*, según la carta) y un *camembert*. De postre pidió alcachofas y un batido de frambuesa. El apetito no estaba nada mal para una persona que había recibido horas atrás la noticia de la muerte de su hija.

Simone padecía de insomnio de despertares múltiples. Esto significa que dormía con relativa facilidad, pero se despertaba en medio de la noche en algunas ocasiones para

volver a dormir. Este trastorno del sueño había sido adquirido por Simone al cuidar de Claude.

Nunca pudo dormir igual después de vivir la ausencia del sueño en su esposo. Estaba esposada al no-dormir de él.

Entre sueños (¿o eran pesadillas?), en pleno vuelo, confundió a la joven que estaba a su lado con Juliette:

—Pásame la almohada, hija.

—No soy azafata —fue la respuesta de la joven que estaba leyendo un libro con la luz vertical que alumbraba la página en un renglón vacío entre el capítulo 51 y 52.

52

Ella leía (*picoteaba* es la palabra más exacta) los libros que había comprado en la tarde con él. Hacía anotaciones en una libreta especialmente adquirida para anotar las nuevas palabras en español que entraban a su disco duro mental. Escribía postales para sus amigos.

Escuchaba sus *mini discs* con un auricular en su oído izquierdo y el otro auricular en el oído derecho de él.

—El del cambio de horario soy yo, no tú —le dice él—. Por ti tengo cambiadas todas mis horas.

53

La escena tiene lugar en la sala de velación. El diseñador gráfico había salido de la capilla un rato para tomar aire. A su regreso el teniente de policía Fitzpatrick, quien está al frente de la investigación, es el encargado de presentarlo ante los fugaces viajeros franceses.

Ella no dice *Buenas tardes*, *Mucho gusto* o *Gracias por lo que ha hecho...* Lo primero que Simone le dice a Gesualdo es que no entiende qué es lo que ha visto su hija en él.

Él cree que lo más prudente es contestar en francés:

—Lo mismo que usted vio en su esposo Claude.

Acto seguido, se levanta y se sienta junto al otro extranjero que ha llegado en compañía de la mujer, no sin antes presentarse:

—Gesualdo Aretino, *enchanté, monsieur*.

—Maurice Piccoli —es lo que escucha con un apretón de manos firme y entusiasta.

54

Nadie debería osar vivir como si fuera inmortal. Es preciso tomarse un minuto en el día para pensar en la fugacidad de la existencia. Esto quisiera el narrador, o la narradora, que Gesualdo piense mientras se despide con un apretón de manos del fiscal penal y del forense que acaban de hacer el levantamiento del cadáver. La cámara imaginaria sigue instalada en el hotel de segunda en el que se oye el tic-tac de esta novela-reloj. La cámara registra el momento en el que se llevan el cadáver hacia la *morgue*. Ese análisis tan poco poético llamado autopsia es lo que le espera a ese cuerpo que alguna vez tuvo el nombre de Juliette.

Uno de los elementos forenses de mayor práctica es el uso del termómetro para el cálculo de la hora de la defunción. Se inserta la varilla de mercurio en un orificio del cadáver que corresponde a una herida de bala o carne cercenada por un objeto corto punzante. La temperatura en grados centígrados del cuerpo inerte se la resta de la temperatura normal que tiene un cuerpo vivo.

El resultado se lo multiplica por la hora en que se ha insertado el termómetro. La nueva cifra que se obtiene después de estas sencillas operaciones se la divide para veinticuatro. Sólo así puede obtenerse la hora exacta en que una persona ha dejado de respirar.

A Gesualdo le interesa sobremanera cada uno de estos procedimientos que ha escuchado de boca del teniente a cargo del caso. Le interesa saber la hora exacta aunque se sienta un foráneo ante aquellos juegos numerológicos.

Eso estaba recordando cuando recibe una estocada por parte de Simone en plena sala de velación:

—¿Por qué firmó usted el acta de levantamiento del cadáver? Usted no es el esposo. Usted no es ningún pariente.

—...

—Le estoy hablando, joven —insistió Simone.

—No comprendo muy bien el francés, *madame*— mintió Gesualdo en la lengua de Balzac. Aprobar el séptimo curso de la Alianza Francesa no había sido en balde. La señora dibujó en su rostro un juego muscular que parecía más una mueca que una sonrisa.

55

Levantar un cadáver como quien levanta un texto. Con la diferencia de que este acto sólo se da entre dos: el escribiente y el cuerpo inerte del lenguaje al que se lo puede templar. Contemplar. Tasarlo con la mirada. El levantamiento no debe ser parsimonioso. Hay que apresurarse un poco. El cuerpo se descompone y hay que componer las palabras que habrán de nombrarlo. Levantar un texto como quien levanta un cadáver.

Gesualdo se acerca con su jugo de naranja hacia la mesa donde está Maurice. El caballero se levanta para saludar al latino con un apretón de manos. Con desparpajo el ecuatoriano pregunta:

—¿Usted cree que pueda persuadir a la señora Perek de que me obsequie parte de las cenizas de Juliette?

—Veré lo que puedo hacer, *Yesualdo*. No le prometo nada.

—Gesualdo.

—OK, Gesualdo.

56

El relojero de arena en la *morgue* del Departamento Médico Legal de la policía. Así de largo y rimbombante es el nombre de la pequeña y vetusta oficina ubicada detrás del hospital militar. Para retirar el cadáver de Juliette Perek hubo que esperar más de tres horas.

—¿Es usted familiar del cadáver? —le preguntó un doctor de apellido Montenegro a Gesualdo.

—¿Familiar del cadáver? —repitió el joven pensando:

«Por supuesto, el cadáver me es familiar».

—¿Es usted familia?

—No.

—La occisa es extranjera, ¿cierto? Supongo que ya hizo los trámites en el consulado de Francia.

—Sí. Ya lo hice.

—Entonces tiene que presentar una copia de su documento de identidad.

—¿Nada más?

—De ahí hay que esperar a que la fiscalía y las autoridades sanitarias autoricen la salida del cadáver. Una vez que llegue la autorización se le entregará el certificado de defunción.

—¿Cuánto tarda la autorización?

—Horas, días... No se sabe. En este caso es muy difícil decir porque el cerebro muestra indicios negativos.

—Explíquese.

—La encefalopatía espongiiforme puede indicar una enfermedad infectocontagiosa.

—No es nada infeccioso. Ya se lo expliqué.

—Reglas son reglas. Tenemos que enviar el informe a las autoridades competentes que analizan los datos de la autopsia, y si quedan satisfechas nos autorizan a emitir el certificado y a entregar el cuerpo.

—Las autoridades competentes —repite para sí Gesualdo. Son dos frases las que repiquetean en su mente. La primera es «familiar del cadáver». ¿Se puede ser pariente de un cuerpo inerte? ¿No hay cierta indelicadeza de parte del doctor al referirse a Juliette como simplemente un cadáver? La segunda frase es aquello de «las autoridades competentes». Ninguna autoridad es competente, piensa el fanático de los dibujos animados japoneses, en el sentido de que ningún juez, comisario o policía está capacitado para hacer bien las cosas. Sólo sirven para obstaculizar todo con trámites y normas estúpidas que hacen la realidad más lenta y pesada de lo que ya es.

Gesualdo piensa: «Yo no debería estar aquí. No debí haberla conocido. El único incompetente soy yo. El único no-familiar soy yo».

57

Diseccionar un cadáver con el fin de realizar una autopsia es un acto parecido al de narrar. Hay que ser específico. Hay que tabular cada hecho, hay que inventariar cada elemento oculto. La diferencia radica en que los instrumentos son más punzantes: el bisturí del lenguaje y las pinzas de la inventiva.

Gesualdo no está interesado en los pormenores de lo que van a realizar el patólogo y el técnico auxiliar. Qué le va a importar que los dos manipuladores del cadáver estén vestidos con ropa de protección desechable (bata y gorro quirúrgicos), delantal y visor facial que cubría completamente la cabeza, protegiendo ojos, nariz y boca. Para qué necesitaba saber que las manos de ambos operarios debían usar guantes de malla resistentes al corte.

Los dos profesionales disfrazados de manera tan esmerada le dan a la atmósfera un toque de mascarada.

58

Maurice le anuncia a Gesualdo que le ha sido imposible interceder en el asunto de la cremación.

—El latinito está enfermo. Está mal de la cabeza —había dicho Simone—. Él no tiene por qué pedir una parte de mi hija. La conoce por cuatro días y ya se cree dueño de ella.

59

Una de las manos del diseñador gráfico aprieta suavemente el reloj *Sveglia* que perteneció a la joven que ahora está semioculta en el féretro. La cabeza somnolienta del personaje masculino se mueve de atrás hacia delante y luego regresa a su posición normal.

Mientras sigue cabeceando, los ojos entrecerrados reciben una orden.

—Sveglia.

En italiano significa *despierta*.

Cree que es una bendición estar así. Insomne por gracia y obra de un funeral y de un reloj con el que se siente a gusto, no sólo porque perteneció a la chica de Rennes sino, también, porque tiene números romanos en la esfera (odia los relojes con números arábigos).

Durante la liturgia cree llegar a un ilusorio entendimiento del mal de la aspirante a psicóloga; sin embargo, la imagina haciéndole un reclamo:

—Sólo porque pasas una noche sin dormir en mi funeral ya te crees un experto en insomnio fatal.

Acaso lo más cerca que estuvo de entender la condición de Juliette fue cuando le preguntó:

—¿Cómo sería tu sueño si es que llegaras a tener uno?

—Mi sueño se parecería a tu vigilia —respondió ella.

60

El gerente del Hotel Nadir, acompañado de un guardia igual de rechoncho, lleva a Gesualdo hasta la habitación 202. En las baldosas no hay sangre, peor esa estúpida figura hecha con cinta adhesiva que se suele ver mucho en el cine de Hollywoodlandia.

Su mirada realiza un inventario de esas extensiones de la occisa que son sus pertenencias: los azúcares de baño, los palillos de incienso de lavanda, las cremas corporales, los perfumes, el talco, todos los frascos ordenados como si estuvieran en una exposición; un cofrecillo sin sus joyas; la bolsa indígena comprada en el mercado artesanal; la fina *lingerie* doblada, lista para ser guardada, los vestidos y las blusas de seda, lino y algodón; los tres pares de calzado: los deportivos, los de tacón alto y las sandalias; los libros amontonados simétricamente: *Cantos ceremoniales* de Pablo Neruda, *Libertad bajo palabra* de Octavio Paz («Para practicar mi español», le había confesado ella), un croquis de la ciudad, una guía de todas las provincias del país, un mapa de carreteras, un almanaque; discos compactos de música folclórica...

61

Imaginemos a Claude Péric, hundido en un sillón, incapaz de conciliar el sueño. Lo que más ansía es quedarse dormido, pero no puede. Quiere hacerlo, cierra los ojos, parece que se está adormeciendo, pero una crisis respiratoria lo devuelve a la realidad. Ha perdido treinta kilogramos en los últimos meses. Apenas consigue hablar. Sólo camina con ayuda de su hija que funge de Antígona mientras él empuña el bastón de su insomnio.

Sus músculos están atrofiados, sus ojos entrecerrados, y segrega saliva como un caballo purasangre después de la última carrera. Suda a chorros, las cuencas oscurecidas de sus ojos parecen esculpidas en una calavera, se asfixia como un asmático; trata de reposar en su sillón, pero los sobresaltos respiratorios impiden que desconozca el significado de la palabra normalidad.

62

Juliette y Gesualdo hacen silencio en un parque. Sentados en el césped, dejando que el sol juegue con los rostros.

—Tú eres un minuterero. Son cerca de las doce y cuarto —dice él por fin, rompiendo el hechizo de esa mudez en la que estaban sumidos.

—No entiendo. —La frase favorita de ella.

—El planeta Tierra es un gran reloj no sólo por su redondez sino porque se mueve, gira, revoluciona mirando al Sol que vendría a ser una suerte de marcador del Tiempo. Tú eres un minuterero porque al descifrar la sombra que proyectas puedo decir qué hora es.

Ella toma la muñeca de la mano izquierda de él, le alza el puño de la camisa y luego la manga de la leva para poder verificar los números.

—Son las doce y veintiséis. Te equivocaste por unos minutitos. Insisto, ¿cómo lo hiciste? ¿Cómo adivinaste?

—A esta hora las sombras de las personas son alargadas, rectas... Después del mediodía empiezan a desfigurarse, inclinándose.

63

—¿Recuerdas el caso de las vacas locas, Gesualdo?

—Sí.

—Bueno, esta enfermedad es algo parecido. Es también un desorden genético.

—¿La gente que tiene este desorden enloquece?

—No en un sentido estricto, pero contrae manías, actitudes extravagantes.

—Suenan a Juliette.

—Pero este tipo de insomnio tiene que ver básicamente con los priones, esas proteínas normales que todos tenemos en el tejido cerebral y que, en el caso de este mal, un día se desconfiguran, se vuelven degradables y afectan a otras proteínas.

—¿Entonces enloquecen?

—Sí, enloquecen logrando romper el equilibrio celular, desencadenando impulsos autodestructivos en las neuronas.

—¿Las neuronas se destruyen a sí mismas?

—Sí. Debido al caos que traen los priones enloquecidos.

—Supongo que esas proteínas son hereditarias.

—Correcto, pero sólo un test genético puede comprobar qué miembros de una familia son los portadores del insomnio fatal.

—Cuando conocí a Juliette, ¿tenía ya desconfigurados los priones?

—Sí. Ella estaba entrando a la última etapa. Tenía medio año de insomnio total.

—¿O sea que le quedaba poco tiempo de vida?

—Calculo que máximo un año. Se le estaban empezando a desconfigurar los priones y poco a poco se le estaban destruyendo las neuronas.

—¿Y una vez destruidas qué iba a pasar?

—Sobrevenía algo parecido a un cortocircuito en el sistema nervioso central que le iba a impedir moverse con normalidad.

—Por lo del tálamo, ¿no?

—Sí, el tálamo es la base de operaciones que hace que el cerebro se comunique con el resto del cuerpo.

—Algo he leído en Internet al respecto.

—También habrás leído de los problemas en la presión sanguínea, en el ritmo del corazón, en la temperatura corporal...

—Algo también del flujo hormonal.

—Todos estos temas, aparte del sueño obviamente, son parte de un desperfecto permanente porque están relacionados directamente con el tálamo.

—El tálamo se degenera, fue lo que leí.

—Sí, allí empiezan los problemas.

—En cierta forma, creo que fue lo mejor que le pudo haber pasado. Morirse así.

—¿Sabes qué, Gesualdo? Mejor pide otra cerveza.

64

Al insomnio obligado se le llama noche en vela. Es preciso detenerse en esta última palabra. Las velas conformaban los relojes franceses medievales. Se alineaban unas junto a otras, y, a la vez que alumbraban, indicaban el paso del tiempo. Con el transcurrir de los siglos la gran innovación fue insertarles alfileres para leer mejor las horas, ya que ni los mejores pábilos arden de manera homogénea.

¿Qué significa decir que están velando a Juliette Perc? Primero, que los tres asistentes a la velación están sometidos a un insomnio obligatorio; segundo, que han puesto velas alrededor de su féretro; tercero, que están ocultando con un velo a la muerta.

Si la antigua expresión *gotear lentamente* tenía su referente en los relojes de agua, recobra su sentido original con la cera que se va derritiendo en las velas. Cuando inclinamos un cirio para que la cera gotee en el plato no sólo estamos creando la base sobre la cual se asentará el tronco de luz; también estamos, sin darnos cuenta, midiendo el tiempo. Es por eso que Gesualdo contempla el bosque de pequeñas teas en la sala de velación y las asocia inmediatamente con las de la catedral, las que sirvieron de fondo luminoso para el beso que lo unió a Juliette. ¿Qué interés visual tiene el hecho de que la heroína sea besada por alguien quince centímetros menor que ella? La luz de las velas en la antigüedad acompañaba los rezos de los feligreses. Ahora son luciérnagas en la memoria de Gesualdo.

65

Apenas salieron del beso de la catedral, se dirigieron a la tercera puerta del cementerio. Pequeña ciudad de intramuros de 29.7 hectáreas, poblada de palmeras, acacias y algarrobos, rampas con adoquines, jardineras, postes y faroles, además de una capilla y una gran cruz de piedra blanca labrada de veinticinco metros de altura.

La micrópolis tiene trece cuerpos principales y tres anexos con 23.090 bóvedas y 26.738 nichos. Se divide en cinco áreas: mausoleos, nichos, bóvedas perpetuas o de arriendo, sepulturas y fosas comunes. Al atravesar el umbral de la puerta número tres puede admirarse una exposición permanente donde esculturas de artesanos europeos están expuestas ante la cámara del tiempo.

Qué triste es el mármol frágil de las setenta y nueve estatuas que viven en esta zona del cementerio. La erosión, la pátina y la inclemente luz logran quitarle el color y la textura original. Sólo el bronce persiste, pero ese metal le atañe únicamente a los mausoleos. Incluso en esta micrópolis sobrevive la división de clases sociales. Es falso aquello de que la muerte nos hace iguales a todos. Sólo hace falta mirar el rostro lívido de Juliette en la *morgue*. Es una hermosa estatua, piensa el diseñador gráfico, pero quisiera que respirara al igual que él. De nada sirve si el mármol no tiene vida insuflada.

66

Maurice saca su reloj de bolsillo hecho de oro. «Tanta delicadeza para tan sólo sacar ese aparato», piensa el viajero inmóvil. Al ver que el experto en trastornos del sueño consulta la esfera, Gesualdo piensa que no está consultando la posición del horero y del minuterero. Algo melifluo le viene a la mente: «No está viendo la hora. Está contemplando la cara de Juliette».

Él también consulta el rostro del tiempo y ve que son la una y veinticuatro de la mañana.

—No entiendo por qué nos sigue a todos lados.

—Sólo quiere ayudarnos, *madame*, él conoce esta ciudad.

—Si él se hubiera muerto en Rennes, yo no habría movido un dedo.
Por más que Maurice quería mediar entre el temperamento de Simone y la pasividad de Gesualdo, no había remedio. Ese par no se entendía.
—Él nos lleva en su auto a todas partes, Simone.
Nos sirve de intérprete.
—Eso no lo hace merecedor de nada.
—Quizá de un poco de respeto, o de tolerancia, si usted quiere.
—No sé por qué te simpatiza ese chico, Maurice. Sólo falta que nos persiga hasta Francia.
—No sería mala idea, *madame*.
—Claro, él podría distraer tu insomnio, ¿no?
—¿Por qué me dice eso?
—Veo que te has hecho amigo del latinito.

Los relojes de bolsillo le hacen pensar a Gesualdo que el tiempo está escondido dentro de un pantalón, con la leontina que sobresale hasta sujetarse en algún punto de la correa. Cuando Maurice lo saca, el tiempo sigue oculto. Para que las horas existan debe abrir la tapa esférica del reloj. «El tiempo es solamente saber la posición del sol», piensa, mientras ve a Maurice. «Un reloj es solamente un aparato para medir en números la ubicación del sol en relación con la Tierra».

67

¿Cómo entender mejor a Claude, Juliette y Maurice ¿Cómo captar mejor el mal que padecían? Es si el semáforo de los sueños sufriera de una irreparable. Cuando ellos estaban a punto de dormirse la luz verde se encendía autorizando la transición el mundo onírico. A punto de cruzar el umbral, la luz roja traicionaba al soñador impidiendo que se durmiera. El semáforo de los que sufren de insomnio total está siempre oscilando entre la luz verde y la roja. O si se prefiere una metáfora más cercana al dios Cronos aunque poco elegante: es como si estuvieran todo el tiempo a punto de dormirse y un reloj despertador los sacudiera perpetuamente.

68

Maurice se ha pasado casi dos horas buscando el disco compacto de la *Missa Solemnis* de Ludwig van Beethoven.

—Simone me lo pidió. Cree que es lo mejor que se puede escuchar durante el funeral. Era una de las favoritas de Juliette, sobre todo el *Kyrie*.

—Puedo bajar esa música de Internet si no llega a conseguirla —responde el creativo multimedia que acaba de contactar a Jacques Lambert. El sacerdote oriundo de Dijon y que labora en una iglesia del norte de la ciudad oficiará la misa de cuerpo presente.

—No creo que sea necesario. Me ofrecieron el disco para esta tarde. Tengo que ir a recogerlo a un almacén.

—Si quieres yo te llevo.

—*Merci beaucoup*.

Conseguir al padre Lambert ha sido un hecho más o menos fortuito. El jefe de Gesualdo, Rafael Arteta Carrozzini, que sigue fuera del país, ha llamado a Gesualdo para preguntarle cómo va la campaña a favor de la puntualidad del gobierno. Después de darle las explicaciones consabidas, le pregunta a su mentor si conoce algún sacerdote que hable la lengua de Maupassant.

Cuando cuelga el auricular le pide a la secretaria que llame al número que ha anotado en la última página —hecha de papel de Nepal— de un elegante cuaderno con tapas de cuero (propiedad de Juliette). Un cordón —también hecho de cuero— sirve para engarzar las hojas del rugoso papel en el que la novia desaparecida inventarió

algunos de sus viajes. Al rato se comunica con el sacerdote, a cargo de una de las parroquias más opulentas del puerto, y lo convence de dar la misa de réquiem.

69

La gran meta de Maurice es realmente lírica si tomamos en cuenta que le sobra poco tiempo de vida. Ansía abrir caminos para que el IFF llegue a tener su cura. Así intenta explicárselo a Gesualdo en el Café Santiago:

—Hay algo que se llama terapia genética. Este tratamiento implica insertar el gen correcto en un paciente con IFF reformateando su disco duro genético.

—No entiendo.

—El IFF es un desorden genético. Esto significa que hay un gen malo en el sistema.

—¿Como un virus de computadoras?

—Si queremos seguir con las metáforas informáticas podemos llamarle así. Este gen malo hay que repararlo. Hay que insertar un gen que lo reemplace para que el sistema logre generar las priones correctos.

—¿Y cómo se inserta el gen?

—Primero hay que detectar la enfermedad a tiempo y esto puede hacerse con algunas técnicas de biotecnología como la secuenciación del ADN y la hibridación molecular. Ahora, para contestar a tu pregunta. Una vez localizado el gen defectuoso que causa la desconfiguración de los priones, hay que insertar el gen corrector. Todavía no se ha hallado la forma de hacerlo.

—¿Por qué?

—Hace falta financiamiento para poder hallar las formas de insertarlo. Pero el asunto va más allá. Después de la inserción hay que ver si el gen logra su objetivo que es reemplazar al gen defectuoso.

70

Él posa su boca en las manos nada tibias porque no se atreve a besar sus labios, pese a que está solo porque Maurice y Simone todavía no han llegado a la ciudad. Cuando él vea al día siguiente cómo ese cuerpo —que acarició palmo a palmo— se va consumiendo en el crematorio, deseará haberla besado, como si esos labios pudieran enseñarle cosas sobre la vida y la muerte que sus manos no pudieron.

71

Ella se demoró más de lo previsto en el *cyber café*, nombre ridículo ya que nadie le sirve a uno un capuchino, un expreso o un tinto en esos lugares donde el tiempo se divide en cuartos de horas, mientras un cronómetro impenitente va marcando cuánto le toma a cada usuario surfear por la galaxia internáutica. Se conectó a *Yahoo.fr* y empezó a responder los mensajes acumulados de su madre, su mejor amiga Sophie, su profesor de Lógica Simbólica y dos compañeros de universidad. Gesualdo aprovechó para pasar por la agencia.

Habló con una ejecutiva de cuentas, con la jefa de tráfico, con la imprenta... Todo parecía estar bien. Cuando un jefe está de viaje, todo marcha siempre a las mil maravillas.

El único detalle en el que precisó de su imaginación fue una pregunta de la secretaria:

—¿Por qué tienes apagado tu celular todo el tiempo?

Soltó una de esas mentiras que se estaba acostumbrando a tejer para cubrirse las espaldas (rió al recordar esa frase que tanto había intrigado a su amadora), y salió a buscar a su Julieta al lugar donde habían convenido.

—Dijiste que sólo ibas a estar una hora en el *cyber*.

—Tuve que responder los mensajes de mis amigos.
Se me estaban acumulando.
—¿No quedamos en que íbamos a aprovechar al máximo cada minuto de nuestro tiempo?
—¿No me digas que todo lo mides con alguno de tus relojes de arena?
—¿Por qué no me dices la verdad: eres casada?
—Te dije que no.
—Siempre actúas como si lo fueras, siempre parece estar ocultando algo.
—Quizá el que oculta algo eres tú.
—Lo único que oculto es mi incertidumbre de no saber qué va a pasar en el futuro. Perdón, he mencionado una palabra que no te interesa: futuro.
—...
—Me hubieras dicho que te ibas a demorar para hacer otra cosa.
—No soy de ti. Ustedes los latinos son tan posesivos.
—Por lo visto, parece que conoces muchos latinos, mi querida sonámbula.

72

La temperatura máxima que alcanza el interior de un horno crematorio es de novecientos grados centígrados y la duración de la quema dependerá de si el horno es a carbón o a gas. La temperatura es determinada según el peso del cadáver. En el caso de los cuerpos que tienen demasiada grasa, ésta alimenta siempre la combustión, pero no en el caso de Juliette, que será quemada a setecientos grados. Es como estar incinerando una escultura griega o cualquiera de las estatuas que están en el cementerio general. Ella es uno de los trescientos cadáveres que traen cada mes a este lugar.

Protegidos con tapabocas, los operarios evitan los malos olores, mientras acomodan otros cuerpos en los hornos restantes, entre ellos el de un hombre chalado muerto a puntapiés.

Cuando las primeras llamas tensionan los tendones de las extremidades de Juliette, ella, o mejor dicho el cuerpo inerte, levanta los brazos como si pretendiera despedirse para siempre. En su dureza, Simone se permite llorar, pero inmediatamente deja de hacerlo cuando el ingeniero que controla la operación le ordena a uno de los empleados que la saque del lugar junto a su acompañante Tan sólo Gesualdo puede permanecer mientras otros siete cadáveres esperan turno.

Una vez retirados del horno, los trozos de se muelen hasta convertirse en algo similar a un de arena o fragmentos de conchas marinas, luego empacan con el último desprendible de la boleta y se trasladan a un anaquel hasta que alguien los retira.

—La gente siempre dice cenizas, pero en realidad se trata de puro hueso molido — dice el ingeniero como todo un docto en el tema de la muerte.

—Gracias —alcanza a decir Gesualdo, al recibir la bolsa que en menos de un minuto irá a parar a manos de Simone Pereg.

Al salir piensa que un crematorio es un reloj de fuego.

73

Con el reloj de arena que Gesualdo le ha regalado, Juliette juega a leer un libro sobre la historia de la ciudad que está visitando. Mientras su mirada atenta se deja capturar por historias de piratas, pestes, incendios y saqueos, mide la extensión de las páginas con el caer de los corpúsculos extraídos de algún desierto o alguna playa. Recuerda los libros que había en el anticuario de su padre. Lo que más le llamaba la atención eran las tapas duras y elegantes que convertían al libro en un objeto pesado. Cuando

Claude murió, ella decidió que compraría todos los libros posibles de la colección *Pleyade* de la editorial Gallimard. Las mesadas de su madre fueron formando un fondo para poder adquirir esas caras ediciones que no necesariamente llegó a leer. Gracias al regalo, Juliette recuerda una copia del cuadro *Le philosophe lisant* (1741) de Jean Baptiste Simeon Chardin (1699-1779) que su padre tenía en el anticuario. El tema: un hombre leyendo un libro sobre una mesa. El lector lleva un turbante y un ropaje que denotan un elevado estatus económico. El libro es enorme, abigarrado. Lo más seguro es que sea un libro de contabilidad y no de filosofía como reza el título. Pese a que está en el césped de un parque recostada con su amador, pese a que no está en una mesa, ella se ve inmersa en la pintura de su padre. Lo que siempre le gustó a Juliette fue el detalle tan particular del reloj de arena que está a escasos centímetros del codo derecho del lector. Nunca quiso reparar en la presencia de la pluma (inserta en su canutero) junto a la ampolla de vidrio, mucho menos en las monedas que reposaban en la mesa. Siempre tenía sueños diurnos al ver ese reloj de arena cuyas formas le recordaban al número ocho, símbolo del infinito. Lo que no sabe Juliette es que el reloj que ha recibido como regalo mide un doble tiempo: el del libro, ente inmortal, y el de ella, simple mortal.

74

Simone se queja del *filet mignon* que tiene delante de ella, mientras Maurice y Gesualdo la miran extrañados sin entender bien cuál es la naturaleza del problema.

—Esto no es un *filet mignon*. Aquí no saben prepararlo en lo absoluto. No tienen idea de nada.

—Para mí está muy bien, *madame* —le dice Maurice en francés.

—Y el vino es un asco, no tiene cuerpo, no tiene nada.

—Es un *cabernet sauvignon* —se atreve a decir Gesualdo.

—¿Y, usted, cómo así de repente se nos convierte en un enólogo, jovencito? —le recrimina la enfermera jubilada—. Si le pongo un fular en sus ojos, apuesto que no sabrá distinguir un *vin de pays* de un *vin de table*, menos aún creo que sepa de cosechas.

—Este es un hotel cinco estrellas, *madame* —observa Maurice.

—Si este es uno de cinco, no quiero saber cómo son los hoteles de menos estrellas.

—Le recuerdo que Juliette estaba en un hotel de mucho menos de dos estrellas — intenta observar el diseñador de la agencia Olimpia.

—Ese era problema de mi hija, que siempre fue rebelde en todo.

—Lo que pasa es que su hija sí era humilde, señora.

Con la cuarta copa que él mismo acaba de llenar se levanta de manera intempestiva y se dirige al vestíbulo, sin dar oportunidad a que una enfurecida Simone conteste. El vino despierta los vendavales de arena que suelen estar dormidos dentro de Gesualdo.

75

—Cuando me llegue la hora, también quiero ser convertido en cenizas —murmura Gesualdo mientras mira el número de la boleta que permitirá que el cadáver de Juliette entre al horno. En eso se ha convertido la devota de Freud, en un número.

Apenas termina el pequeño y simbólico funeral —presidido por el cura Lambert—, uno de los operarios recibe la caja mortuoria alquilada para la ocasión.

Junto con otro empleado saca el cuerpo del féretro y lo pone en una camilla que va rodando por el largo pasillo que conduce a la zona de los hornos. Las ruedas se

detienen en un lugar que es lo más parecido a una sala de espera donde el cadáver sabe cuál es su turno de acuerdo con un orden cifrado en el número de la boleta.

Mientras otros cuerpos tienen que esperar hasta el día siguiente, el de Juliette tiene suerte: será incinerado en pocos minutos. Debe ser el único lugar en el mundo en el que se respeta el orden de llegada y en el que de nada sirven las influencias o los contactos.

En el cartapacio de papel de Nepal de la fallecida se encontraron algunos números que empezaban con el prefijo doble cero. El teniente Fitzpatrick había hablado con la madre, esa profesional de la muerte (por haber trabajado de enfermera), y se había quebrado en llanto.

Una hermana de Simone cogió el auricular y, con un mejor dominio del español y de sus emociones, se puso a tomar nota de la dirección y los teléfonos del hotel, el consulado, la policía, el aeropuerto, más algunos otros datos que eran fundamentales para organizar el largo periplo. La hermana no podía viajar por razones que esta crónica no necesita, pero Simone, ni bien se había cortado la comunicación, estaba empacando sus maletas sobreponiéndose a la situación, y telefoneando al doctor Maurice Piccoli.

76

Gesualdo Aretino ya no calla más ante su intermediario, el cronista o la cronista de esta relación, pues quiere dejar consignado que no todo fue *La vida en rosa* con la doncella de Rennes. Era demasiado pulcra, una obsesiva por la higiene y la limpieza. Su habitación de hotel la tenía draconianamente ordenada. No había cómo mover un objeto porque significaba alterar el micro universo que ella había construido. En cierta ocasión, se puso muy enfadada porque Gesualdo había cogido unas artesanías y las había cambiado involuntariamente de lugar. Todo lo que había comprado lo tenía fechado y ubicado estratégicamente en los compartimentos del clóset. En una de las paredes tenía colgado un mapa de la ciudad con los lugares que le restaban por visitar y un cronograma de las actividades día a día. Tomaba duchas continuas. Llegaba al hotel de una caminata y tenía que entrar a la regadera. Después de hacer el amor necesitaba bañarse de la cabeza a los pies, daba lo mismo si era en la noche, antes de acostarse o al amanecer.

—Eres una sicóloga que necesita un sicólogo —le decía él sin ninguna intención humorística.

—Yo sólo soy un ser signado por la falta —respondía ella juguetonamente como si propusiera un acertijo.

—¿Qué quieres decir?

—Eres un diseñador gráfico que necesita de un sicólogo que te explique esa frase.

En lo que respecta al ámbito de lo social, él aborrecía el excesivo amiguismo de la hija del anticuario.

Gustaba de entablar conversaciones con extraños y no dejaba pasar cualquier forma verbal de abordaje.

—No confíes en los extraños —le aconsejaba siempre—. Si quieres practicar tu castellano hazlo conmigo.

En un aspecto menos social, Gesualdo odiaba cómo ella comía, masticando demasiado aprisa y con la boca semiabierta.

—Una princesa con modales de plebeya —se atrevió a decirle.

—Yo no soy quien tiene problemas de peso —contestó con ironía.

—Claro que tengo un problema de peso.

—¿Cuál?

—Tú, Juliette.

77

Hay cosas que esta novela-reloj no recuerda, pero hay otras que sí; por ejemplo, la vez en la que él le explicó en inglés lo ridículo que era el sorbete para los jugos y que prefería beberlos sin esa varita que no tenía nada de mágica.

«Ahora me está enseñando cómo debo hacérselo» pensó la joven, sintiéndose ridiculizada a través de ese símbolo fálico que él tenía en su boca. Tanto le afectó que dejó el batido de frutas a medio beber, se levantó y a él no le quedó más que correr tras ella. Gesualdo tuvo que replantear todo lo que había dicho para que ella entendiera que en ningún momento se estaba burlando. Repitió todas sus intenciones semánticas, palabra por palabra, en la más perfecta combinación de inglés y francés que se le pudo haber ocurrido. Fue la primera vez que él sintió ganas de abandonar esa aventura cultural que significaba estar con Juliette.

—Perdidos en la traducción. Nos perdimos.

78

La ex enfermera se lleva la maleta donde están todas las pertenencias de su hija. Cada prenda, cada objeto, es una extensión de esa criatura que nació, creció, viajó y ahora ya no está más junto a ella. Lo que no sabe es que faltan ciertas piezas de lencería que responden a la nostalgia cleptomaniaca de Gesualdo.

79

En el décimo aniversario de la muerte de Juliette, Gesualdo le dijo a su mujer que se iba de viaje a la capital. Le contó un cuento sobre una convención de publicistas en una hacienda y que no había un teléfono fijo en su habitación. Ella se sintió tranquila cuando su fiel esposo le comunicó que podía localizarlo a cualquier hora en el móvil y que regresaría al día siguiente.

La verdad es que el flamante director creativo había reservado la habitación 202 del hotel Nadir. Si los octubres anteriores significaron un recorrido por los lugares que él había visitado con la francesa, este año le esperaba una celebración de la memoria. Era ya una década del beso múltiple, de las mil bocas al mismo tiempo. Era el mejor sitio para recordar el pubis castaño poco poblado. El perfume de almendra con acordes de madera y vainilla. La cópula frente al espejo. Los azúcares (no las sales) de baño efervescentes con aceite de menta, romero y pino. Sus caderas anchas que contradecían su talle de avispa. Sus piernas largas. Su trasero majestuoso, concupiscente. Olerla era todo un viaje olfativo de un mercader ambulante por las lejanas cortes de Europa. Las manos delicadas que encerraban el rostro de él como un paréntesis. La primera cópula desconfiada. El ingreso doloroso de la espada. La canción folclórica que su profesor de español (un titiritero peruano) le había enseñado en el liceo. Los impredecibles cambios de ánimo. El comer frugalmente como un pajarito. La amorosa pericia con que hacía el *fellatio*. Esa lenta rapidez con la que succionaba como si fuera una aspiradora de solitudes. El relamido de las pequeñas bolas de billar. Su generosidad inacabable en el tálamo nupcial. El gusto por la pizza y las ensaladas. La asertividad en el trato con el Otro. Sus pies lastimados de tanto caminar. Su uñero eterno en el pie izquierdo. *Band aids* en el dedo gordo y en el meñique que cambiaba cada mañana después de no dormir, después de no soñar. El altruismo que convertía a su mano en un abanico que se abría para aquel que lo necesitaba, como el colombiano que estaba en la habitación 201 y al que ayudó con un puñado de dólares. La ligera encorvadura en los hombros como si no aguantara tanto insomnio. La delicia con que absorbía los modismos

ecuatorianos o las costumbres locales. El no-dolor de la tercera vez que ingresó la espada. El estar despierta todo el tiempo mirándolo dormir. Escuchar el tic-tac del reloj cuando nadie más lo oye porque ella es el cronómetro de la noche. Agarrar en el cine la mano de él hasta que las líneas quirománticas sudaran. Sus alucinaciones azuladas. A su lado. El ver cosas que nadie más veía. El escuchar cosas que sólo ella podía almacenar en su oído. El ineludible juego de las baladas de Francis Cabrel. Ella cantando una estrofa de *Je l'aime à mourir* en su idioma, y él que arruinaba el mismo párrafo de *La quiero a morir* con su castellano desafinado. El ansia de comprarle discos de Aznavour en castellano para que ella pudiera degustarlos en español. El jadeo ahogado en la meseta del placer. El caminar de trancos largos. Su obsesión por tomar fotografías de cinco a seis de la tarde. La goma de mascar de menta después de cada comida. La poca resistencia a la cerveza: el leve mareo en el que ambos se atiborraban de risas y besos. La obsesión por anotar cada palabra nueva con sus esferográficos de diversos colores. El gusto por los alfajores o los camarones bañados en salsa de cangrejo. Las manos de ella en los glúteos de él mientras alcanzan el orgasmo al mismo tiempo.

En la meliflua contabilidad de los recuerdos se podría gastar páginas enteras. Habría que detener la enumeración consignando la dureza de los cabellos de Juliette durante su velorio. La venda de su cara que había envejecido un poco antes del amanecer. Al día siguiente, mientras desayunaba en la misma mesa de la cafetería del hotel donde estuvo con su dama, reconoció a Olga, la recepcionista que le dio telefónicamente la noticia de la muerte de Juliette. La miró de hito en hito, pero ella no reparó en él. Sus ojos la siguieron hasta una mesa donde el gerente del hotel estaba desayunando con dos niños. El hombre estaba más gordo que la década anterior. Olga se sentó a dar órdenes a los pequeños, mientras Gesualdo se había cansado de los intentos de hacerse notar. El timbre del teléfono móvil rompió con la ucronía de aquella escena. Imaginó que su esposa le decía en voz baja:

—Deja ya de recordar.

80

Esta no es una historia con misterios, menos aún un thriller o un policial, por lo que debe revelarse inmediatamente la forma en que ella murió. Después de dejar a Gesualdo en el aeropuerto, regresó inmediatamente al hotel. Tomó el autobús que la dejó a tres cuadras de su destino. Cuando se bajó y empezó a caminar, ninguna persona la abordó. En la recepción conversó con la recepcionista de la mañana, Clarisa, durante cuatro minutos y medio antes de recibir la llave de la habitación 202. Tomó el ascensor tan viejo que Gesualdo siempre bromeaba que en cualquier momento iba a caer hacia el vacío. En su habitación se duchó. Se vistió para luego recostarse soñando que por fin podría dormirse. Cerró los ojos pensando en hacer un *tour* de reconocimiento de todos los lugares de la ciudad a los que fue acompañada del licenciado en Diseño Gráfico y Multimedia.

Se quedó inmersa en el deseo de ingresar a ese gran sueño que tanto anhelaba. Titular embustero de la crónica roja vespertina: «Hermosa turista violada y estrangulada». La pregunta del millón de priones (no de dólares): ¿Por qué se muere alguien? No hay ningún misterio en lo aleatorio que puede ser el niño que empuña la guadaña (¿quién dijo que la Muerte es una mujer o un hombre?). No hay homicida. No. O quizás sí. Gesualdo cree que él fue quien realmente la mató desde el primer momento en que la abordó. ¿Con qué derecho se acerca alguien a una desconocida? ¿Cuál es el objetivo de unir un universo X con un universo Y? Debería haber una ley

que prohíba este tipo de abordajes. Debería existir una especie de seguro emocional que ofrezca protección contra este tipo de experiencias.

81

Si conocer a una persona del sexo contrario es siempre una apuesta, entonces Juliette había dejado en bancarota a Gesualdo. Esa cifra que él iba a poner en todas las mujeres que estaba por encontrar en su vida, se la gastó con ella. Después de conocerla, ¿qué persona puede ser interesante? Esta creencia irracional dominó la vida de Gesualdo, inclusive después de contraer matrimonio. Ni siquiera su primera hija, a la que le puso el nombre de la occisa, logró hacerle cambiar de opinión. Los ricitos a lo Shirley Temple no bastaron para acercarse a la imagen de una mujer que ya no respiraba. Al principio la sentía como hija de Juliette, pero a medida que iba creciendo fue recuperando la cordura. Y el vástago nacido después lo hizo despertar más, sobre todo porque era parecido a él. Ya bastante ostentaba la madre de sus hijos algunos rasgos que la vinculaban con la novia desaparecida: la delicadeza en los gestos, el color de la piel, la estatura majestuosa... Era la única creencia irracional en la que no estaba errado: fue Juliette y no él quien había escogido a su esposa.

82

Hay que desconfiar de las historias en las que un cuchillo o un revólver aparecen. El cine de Hollywoodlandia nos ha malacostumbrado a esos objetos que trivializan la realidad. El simple hecho de visualizar a una persona con un arma (sea un cuchillo, una pistola o cualquier arma contundente) significa que estamos ante una historia que no es de fiar. Afortunadamente, la novela-reloj no es un guión de tres actos, peor un proyecto televisivo o una crónica roja. Es simplemente lo que pasó y por eso es fundamental consignar por qué murió Juliette. La razón (carente de todo misterio) fue su corazón. Se detuvo. Dejó de funcionar súbitamente. Como un reloj que de un momento a otro deja de dar la hora. A veces no hay un motivo específico. Uno piensa que puede ser la batería, y no cuenta con que el tipo del kiosco donde reparan lunas, manecillas y correas, se ría sacando otro reloj al que le pone la pila de nuestro aparato, y resulta que sí funciona.

83

Maurice opina sin reservas:

—Debe ser la fatiga, producto del insomnio, la que le produjo la cardiomiopatía.

La madre es realmente lapidaria:

—En este país están tan atrasados que no hay ni cómo mencionarles lo del insomnio fatal familiar. Es un mal que no se lo conoce ni de oídas.

84

Arena que no has de beber, déjala correr. Europeos perdidos en Europa. Todo lo sólido se desvanece en el aire. La ventaja de ser un reloj de arena es que cualquier cosa que diga se perderá para siempre. ¿Se puede acaso modificar un desierto? El cosmopolitismo sin provincialismo es vacío y viceversa. Latinos perdidos en América Latina. El insomnio cultural es más fatal que el insomnio fisiológico. No te deja cerrar los ojos a la realidad. Te pone siempre alerta. Un cliché siempre es bueno si produce un efecto. No se llega a la novela, ésta llega a uno. El europeo está siempre despierto; el latino, siempre dormido. Esto lo dijo Simone Perec cuando extraviaron su maleta en el aeropuerto de Guayaquil. La mano que mece el tiempo es aquella que gobierna la nada. Cada mañana un paño seco me libra del polvo. El europeo no se permite a menudo el derecho a soñar, ama la planificación, las metas

inmediatas, las certezas absolutas. Esto lo dice Claude Pécqueur en la soledad polvorizada de su anticuario. La mano que me voltea es aquella que empuña la guadaña. La aporía de Aquiles y la tortuga: Latinoamérica nunca alcanzará a Europa. Hay un hatillo de cartas que el señor de la casa no ha enviado. El europeo es un sonámbulo al que puedes gritarle cuanto quieras pero nunca va despertar, dice el jefe de Gesualdo, en oposición a la catalepsia del latino. Parece que el juego de ajedrez va a exigir que uno de los jugadores emplee el enroque siciliano. Cuando no sabes cómo narrar un hecho es porque no has leído lo suficiente. El latino es un experto en las ensoñaciones diurnas, los planes a largo a plazo, las grandes utopías de la semiósfera. Si al leer novelas vas desarmándolas cual relojes mecánicos, algún día tendrás derecho a hablar de estructura. En esto no hay misterios: el latino vive el presente y siempre está postergando sus quehaceres. Le gusta no sólo timar, sino también engañarse a sí mismo. A veces leer clásicos ayuda a renunciar a la escritura, pero admirar de cerca *La piedad* de Michelangelo obliga a considerar seriamente la idea del suicidio. Timar viene de *tymos* que en griego significa estimación a uno mismo (autoestima dicen los gringos con el insoportable prefijo *auto*). ¿De qué sirve escribir si no se forma parte del canon? La imposibilidad de leer el mundo a través de una sola teoría. ¿Es posible entender el discurso del gránulo en esta liturgia de cristal? La gran mentira es que Europa era tan sólo una muchacha ilusa que se dejó seducir por un dios en forma de toro blanco. La abolición de un tiempo climático o un tiempo narrativo para dar paso a la instauración de un tiempo cultural. Estoy olvidado en un estudio donde la palabra escrita está encerrada en un millar de libros no leídos. El europeo, en cambio, vive en lo eterno, tiene en su disco duro una tradición de siglos. Está más en contacto con la diacronía, dice Maurice Piccoli. El novelista no debería rendirle cuentas a nadie, salvo a Thomas Mann. El efecto Mozart debería sumarse a cualquier listado de pruebas de la existencia de Dios. En el europeo no hay cabida para el típico circunloquio latino o la actitud solapada. Si viajar es traducirse o pasarse a limpio, entonces todos deberíamos poseer un reloj cultural que nos ayude en esa tarea. Se lo puede reajustar en cada país de acuerdo a la cultura que nos toque enfrentar. ¿Cuál es la edad que debe tener una novela para ver la luz? Ese reloj nos permitiría ver el lugar visitado desde el punto de vista del nativo. Hasta las calendarios griegas. Lo adelantaremos o lo atrasaremos dependiendo del lugar que toquen nuestros pasos. Si es verdad el cliché de que uno quiere a la amante y no a la esposa hay que hacerse la siguiente pregunta: ¿qué es lo primero en tu vida: la poesía o la novela? Ojalá hubiera una clepsidra hecha de lágrimas para crear un nuevo punto de vista narrativo. El europeo está siempre tan despierto que no tiene ocasión para confeccionarse una máscara o un disfraz como lo hace el latino. Si yo me descompongo, cómo diantres van a repararme. No soy un reloj de agua para que miles de buzos se sumerjan en mí. El tiempo de él chocó con el de ella, creando un tiempo nuevo. En esta historia el vaso griego es mi competencia mayor. ¿Qué se escucha cuando cada gránulo de arena grita en el interior de una ampolla de vidrio? Cuando no sabes cómo procesar un fragmento narrativo, ¿significa que no lo has rescrito lo suficiente? Para que todo hecho sea global, primero tiene que ser local. Gesualdo está menos dormido. Más en guardia. Ah, pandemónium de voces sin epicentro. Michelangelo se dejaba llevar por la creencia de que cada bloque de mármol escondía una figura dormida. El cincel sólo abría el camino para liberar a su Moisés. Si vemos el tiempo como una estructura circular, nadie estaría ni atrasado ni adelantado. Sólo *estaría*. El novelista como escultor. Del más defectuoso mármol pudo nacer un David. Del más imperfecto bloque emergerá una meliflua *nouvelle* de arena movediza.

¿Qué se hace cuando alguien como yo se atrasa o se adelanta en la medición del tiempo? Fácil. Se escribe otra novela.

85

No. El vaso griego no es el eslabón perdido. El papel de Nepal guarda una historia que bien puede merecer ese título nobiliario o novelesco. Antes de empezar, hay que consignar la belleza rústica de ese papel. Lo hacen artesanos, que viven al pie del Himalaya, de un arbusto llamado *Daphné Cannabina* que es cortado cada ocho años para no alterar el equilibrio ecológico de la zona. Los carrizos de fibra larga logran crear una textura resistente y rugosa. Es realmente un papel de ensueño éste en el que Gesualdo, Maurice y Simone, leerán las impresiones de la inquieta viajera.

86

Antes de llegar a este país por donde cruza la línea imaginaria, Juliette estuvo en tierras del norte, visitando los pueblos de Antioquia porque había leído de la existencia de una comunidad de insomnes perpetuos.

Un recorte de prensa insertado en el cartapacio trae la noticia de una forma de Alzheimer precoz hereditario, conocido como mutación E280A o mutación paisa.

Veintidós extensas genealogías con más de cinco mil herederos dispersos por todo el departamento de Antioquia sufren de este mal. Viven en el anonimato, razón por la cual Juliette nunca pudo hacer contacto. Sus apellidos permanecen en secreto, gracias al sigilo médico, para no alterar la paz de ese gran sistema familiar. Los neurólogos aseguran que la mutación es causada por depósitos cerebrales de una proteína llamada b-amiloide.

Este mal es hereditario y afecta a esas familias que hoy conforman la población más grande del mundo con una forma precoz de Alzheimer genético. Esto es lo que más o menos se puede consignar, parafraseando el directo estilo periodístico de los recortes.

87

Poco antes de casarse, Gesualdo empezó su colección de arenas. Ya no era un simple diseñador gráfico de aquellos que mueven el ratón del computador y reciben órdenes. Tenía a su cargo el departamento creativo y esto le significaba viajar constantemente. Él era el ladrón de arena de cada playa que visitaba. Su casa en Guayaquil no era el mejor sitio para exponer semejantes tesoros. Pensaba que lo del mar debía estar junto al mar.

Cual científico se le ocurrió usar tubos de ensayo que tenían la ventaja de ocupar poco espacio. Las ciento veintiún muestras fueron a parar a la casa familiar de Ayangué, balneario situado a tres horas de Guayaquil.

Los tubos, debidamente numerados, duermen en receptáculos de madera con orificios. En la tapa una pequeña etiqueta da cuenta del lugar y de la fecha de la recolección. En la mitad de la ampolleta de vidrio está la bandera del país al cual pertenece el contenido. Con esta etiqueta resulta muy difícil perderse en este bosque de vidrio. Sin embargo, no todas las muestras fueron recolectadas por el catador. Muchos amigos, y amigos de amigos de Gesualdo, usaron botellas vacías de agua, pañuelos, fundas plásticas, estuches de carretes de fotografía, conscientes de que estaban colaborando para la creación de un museo único.

Un gran número de muestras llegó por el correo tradicional debido a que Gesualdo se unió a una cofradía internáutica de coleccionistas. Ser parte de esta élite le permitió intercambiar muestras invaluable con personas de otros países del mundo. Gracias a esta comunidad aprendió que su mal responde al nombre de *psamnofilia*. Esta palabra procede del griego *psamno*

(arena) y *philes* (amante). Estos *arenófilos* (sinónimo más pertinente) usan lupas cuentahilos para fijarse en cualidades únicas tales como colores, texturas, formas del grano, ángulos...

Hay que considerar al coleccionista de este polvo enamorado como un reloj vacío. La arena que encuentra en sus viajes va llenando su memoria. A largo plazo es mejor que una fotografía. Basta verla o palparla para añorar la playa donde se recolectó la muestra. Un detalle que no se debe excluir es la sonoridad musical en ciertas arenas, percepción reservada únicamente para los verdaderos amantes del mar. Esto lo sabe nuestro catador. Hay playas con minerales pesados, conchillas trituradas que son pura música. El agua oceánica las lleva y las trae haciéndolas sonar en una partitura única.

Para ser más sucintos, este *arenario* omitirá la arena lunar del golfo de Siam, la policroma de Isla de Papagayos en México, la infinitamente negruzca de Pompeya, la vivaz del Mar Muerto, la indescifrable para las huellas dactilares tomada al pie del árbol de Buda, la recolectada a la sombra de la Gran Muralla China... Va un inventario indiscriminado que se hace y se deshace en un lenguaje que está hecho de arenisca.

1.- Muestra tomada al pie de la pirámide de Gizeh. Color: anaranjado. Más polvo que arena. Seguramente residuo de algún banco arenoso del río Nilo.

Piedrecillas contaminan la porción. Anécdota: el catador realizó una trasgresión. Por tratarse de un sitio arqueológico estaba prohibida la recolección de cualquier elemento del perímetro.

2.- Río Iguazú. Frontera Brasil-Argentina. Color: cobrizo con puntos luminosos. Anécdota: ninguna.

3.- Muestra tomada en la playa de Copacabana al pie del lago Titicaca. Color: grisáceo. Anécdotas: el enorme dragón marino hecho de totora que transportaba turistas. La pequeña llama que servía de modelo para los visitantes. Si querías fotografiarte con ella debías pagarla suma pedida por el indígena que la custodiaba.

4.- Playa de Cancún. Color: níveo. Textura finísima como azúcar impalpable. Anécdota: muestra tomada en la luna de miel de Gesualdo. Los consortes traspasaron la franja que separa a lugareños de turistas y fueron perseguidos por un guía del operador turístico.

5.- Playa de Isabela. Islas Galápagos. Conchillas trituradas al máximo. La humedad del suelo milenario permitía a los pies descalzos dejar improntas profundas. Anécdota: docenas de leones marinos dormían en las rocas.

6.- Isla de la Plata. Manabí, Ecuador. Color: negruzco con puntos blanquecinos. Anécdota: ninguna.

7.- Bermuda. Color: rosáceo. Anécdota: no le permitieron a Gesualdo llevarse una muestra. Tuvo que comprar una tarjeta donde estaba una pequeña bolsa transparente con un poco de arena. Gracias al texto del *souvenir* supo que estaba ante coral rosa triturado por los siglos. Talco marino único en el mundo por su color tan peculiar que se capta mejor con el resplandor solar.

8.- Isla negra (Chile). Playa de la casa de Pablo Neruda. Más piedrecillas que poesía. Más tierra que arena. Anécdota: Gesualdo leyó en voz alta un poema de *Cantos ceremoniales*.

9.- Arenas más blancas que la piel de Juliette: Floreana (Islas Galápagos). Cayo Largo (Cuba). Carlisle Bay (Barbados). Isla Saona (República Dominicana).

Cada muestra es un arte de la descontextualización. Eso no lo sabe nuestro *psamnófilo*. ¿Cómo entender una arena sin la brisa, sin el sol fulgurante, sin los rumores marinos, sin el sonido de una gaviota o del hijo de cinco años que grita de

alegría dejando la impronta de sus pies descalzos en las dunas? ¿Cómo explicarle, por ejemplo, a una persona que no está ante hollín de chimenea sino ante la sinopsis de una playa en la que la arena se ha mezclado con lava volcánica?

Este *arenario* queda trunco con una suposición. Gesualdo quizá coleccionó los volátiles corpúsculos como un homenaje a la novia desaparecida. Quizá se trata de un diario cifrado de todas las playas a las que no viajó con ella. Acaso es el oráculo donde él va a consultar qué hora es en determinadas etapas de su vida.

El estante donde se exhiben los tubos con memorias arenosas es como su arca de la alianza, su altar para vencer al olvido. Ante los demás era un amante del mar. Ante sí mismo era un desierto que tenía el nombre de Juliette Percec.

88

Al día siguiente de la partida de Maurice y Simone, el creativo se reincorporó a las once de la mañana con tres minutos y doce segundos a sus labores publicitarias. Temía que la viudez se le notara en el rostro, pero gracias a él mismo ya se había esparcido la noticia de que la occisa era «una prima lejana». Nadie se atrevió a preguntarle nada nunca más. Poco a poco fue sumergiéndose otra vez en esa vorágine de lemas, colores y letras que ponen en funcionamiento una agencia de publicidad.

Si bien es cierto que había estado pendiente telefónicamente de lo que sucedía en Olimpia, más cierto era que habían sido esporádicas las ocasiones en que se había hecho presente. La campaña a favor de la puntualidad y los *spots* que se estaban filmando para la cervecería eran tan sólo dos de un puñado de temas que no podían manejarse a distancia.

A partir de ese día empezó a escribir correos electrónicos para Maurice y en dos ocasiones se dirigió a Simone. De esta última recibió únicamente un agradecido mensaje carente de esa frialdad que exhibió la mayor parte del tiempo en el puerto. Con el doctor tuvo una correspondencia nutrida que siempre giraba alrededor de dos temas: Juliette y los priones.

89

El escenario: la única librería que hay en el aeropuerto. Un libro en la terminal aérea es un *souvenir*. También es una forma de adquirir un escudo contra el paso del tiempo. En otras palabras, un pasatiempo. Mientras Maurice busca una publicación sobre las Islas Galápagos, Simone se abre por primera y única vez con el diseñador gráfico. Quizá lo hace como un gesto de agradecimiento por el regalo de los cuatro relojes de arena ensamblados en una sola caja, reliquia deslumbrante del siglo XIX. Lo único que tiene Simone en una de sus manos es el lécito donde duermen porciones de las cenizas de Claude, Juliette y Julien. El equipaje pesado ya ha sido puesto a consignación de la aerolínea.

—De haber sabido que Claude tenía IFF jamás me habría casado con él. No es un legado que se le quiere dar a un hijo que está por nacer. ¿Cómo se le explica a un par de niños que su padre va a morir y que ellos también? Una vive en una impotencia diaria. Una se vuelve insomne a la fuerza. El futuro se apaga. Todos los planes de vida se van al traste. Yo no quería que ella viajara pero sabía que estaba satisfaciendo uno de sus últimos deseos. Insistió en ir a Colombia por la noticia de la aparición de esa especie de Alzheimer precoz tan parecido al IFF. Cuando fue a Italia para visitar a la familia Roiter le negaron la entrada a la villa de ellos. Quería ir al País Vasco donde está una gran comunidad de insomnes fatales pero yo no la dejé ir.

—Por miedo al grupo terrorista ETA —apostilló

Maurice mientras hojeaba una biografía del Solitario George, la tortuga más longeva del Archipiélago de Colón.

—Había rumores de que en Alemania existían casos similares pero como no estaban confirmados ella decidió venirse a Sudamérica. Intentó ir a Estados Unidos pero le negaron la visa por los antecedentes paternos.

Era la época en que se pensaba que era un mal contagioso. Dijo que en Antioquia ansiaba unirse a los insomnes. Acompañarlos. Vivir con ellos un par de meses, tomarse fotos...

—Le advertimos de las FARC pero no hubo forma de pararla —apuntó el doctor Piccoli.

—Todo está registrado en el cuaderno que yo le devolví, *madame* —señaló Gesualdo.

—Gesto que le agradezco. Usted pudo habérselo quedado pero no lo hizo.

En las hojas de papel de Nepal Juliette narra su visita al Hospital Mental de Antioquia. Jorge Calle Bernal es el doctor al que entrevista. Finge ser reportera de un periódico francés. El doctor le cree. Todo lo que salga de la boca de la doncella de Rennes es confiable. Si ella exhalara mariposas amarillas, él las atraparía con una red invisible.

La insomne es conducida por el galeno hacia una gigantesca habitación refrigerada. Es el primer banco neurológico de América Latina. Cientos de cerebros con enfermedades neurodegenerativas forman parte de ese museo nevado. Los dueños de esas masas encefálicas provienen de la población rural y son, en su mayoría, de mujeres. Diagnóstico: mutación E280A (la mutación del IFF se denomina D178N). Síntomas: delirios, alucinaciones, demencia precoz, Alzheimer, brote esquizofrénico, depresión... Los pacientes jóvenes superan en número a los mayores. Son la población de insomnes más grande del mundo concentrada en un solo lugar.

—El doctor llevó a mi hija a un pueblo de Antioquia cuyo nombre no sé cómo pronunciar. Estaba ansiosa por conocer a los portadores del gen mutante.

Según su diario sé que había escuchado leyendas sobre un punto de encuentro de todos los insomnes. Ella estaba convencida de que cada noche, en un valle ignoto, se juntaban alrededor de una fogata a contarse sueños, chistes, chismes, historias circulares. La pobre tenía una visión idílica del asunto. Había leído una novela en la que se hablaba de esa epidemia.

El doctor Piccoli toma de un estante una versión en francés de *Cien años de soledad* y no tarda en encontrar la página exacta de la que lee lo siguiente:

—«Lo más temible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación más crítica: el olvido. Cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado».

—García Márquez suena hermoso en francés.

—Todo suena bien en nuestra lengua, Gesualdo— corrige Simone.

—Lo siento pero van a tener que escuchar unas líneas que aprendí de memoria para Juliette. Es de una escena en la que Úrsula les prepara a los insomnes de Macondo una pócima que es para hacerlos dormir, pero termina obligándolos a soñar despiertos. «En ese estado de alucinada lucidez no sólo veían las imágenes de sus propios sueños, sino que los unos veían las imágenes soñadas por los otros».

—Eso era justo lo que mi hija esperaba encontrar.

—A lo mejor ese lugar sí existe, *madame*.

—Existe sólo en la literatura —dice escéptico el doctor de voz sedosa mientras revisa *The voyage of the Beagle* de Charles Darwin y añade—: la orografía de Antioquia está hecha de ramales de cordillera y abundan los valles. Esto hace que la comunidad de insomnes haya estado aislada genéticamente durante mucho tiempo. El que abandona la comunidad hace que la mutación se disperse. Pasa exactamente lo mismo con el que tiene IFF.

—Supongamos que mi hija se casaba con usted y decidía quedarse para establecer una familia aquí en Guayaquil.

—Mis hijos habrían desarrollado el mal.

—Exacto. Hay algo que se llama el *efecto fundador*— dice Maurice con su típico tono de erudición—. Es un evento genético que se produce cuando un individuo con una mutación se asienta en un lugar y consigue transmitirla con éxito a su descendencia.

—Un viajero insomne —acota Gesualdo.

—Un agente infeccioso —ironiza el doctor.

—Mi hija tuvo la chance de desatar el *efecto fundador* aquí, en su ciudad.

Las manos del doctor juegan ahora con un libro titulado *Las Encantadas* de Herman Melville.

—Pudo haber logrado ese efecto en cualquiera de los tantos países donde estuvo. Pudo haber fundado el amor en cualquier chico que conoció.

—Usted está equivocado. Mi hija era loba de una sola luna. No se dejaba cortejar por cualquiera.

—Creo que voy a comprar la biografía del Solitario George —anuncia Maurice. Y añade ceremonioso—: Un galápagos es como un reloj gigante.

La voz de los altoparlantes ayuda a cerrar la conversación:

—Se comunica a los señores pasajeros del vuelo 202 de *Air France* con destino a...

90

Hubo una época, años antes de contraer matrimonio, en la que Gesualdo no podía más con su infatuación. Andaba de burdel en burdel buscando una doble de Juliette. Estaba obstinado en que debía existir alguna chica, que si bien no fuera la réplica exacta de ella, por lo menos podía acercársele. Sentía que con una prostituta no necesitaba cortejar o usar una enmarañada perifrasis; además, todo se limitaría a un contrato entre cuatro paredes. Una idea errada dirigía sus actos: pensaba que si encontraba a la versión local de Juliette podía enseñarle ciertos gestos, vestirla de aquellos atuendos íntimos que conservaba de ella. Y hasta podía enseñarle ciertas frases en francés.

La extensa búsqueda dio sus frutos en un serrallo suburbano donde encontró las mismas piernas largas, los mismos senos del tamaño de una copa de *champagne*, los mismos rizos (aunque en este caso era una peluca de tinte rubio)... El corazón le empezó a latir más aprisa y cuando se vio encerrado entre las cuatro paredes de *plywood* del cubículo se escuchó a sí mismo hablando por primera vez de *madeimoselle* Percec con otro ser humano. Si a él todo le sonaba inverosímil había que ver la cara de la zagalona a la cual lo único que le interesaba era un puñado de billetes. La hizo acostarse boca abajo para admirar las protuberancias enormes, exquisitamente blancas. Las acarició entre excitado y nervioso como si fueran a desaparecer. Escribió con sus dedos unos signos taquigráficos en la espalda llena de pecas, en las caderas generosas, en la cintura inverosíblemente corta en relación con el resto del mármol. Le pidió a la estatua, nacida en un pueblo costero llamado Chone, que se volteara y empezó a verificar los contornos de los senos, las aureolas

rosáceas, los pezones bretones, el *piercing* en el ombligo. Le pidió que extendiera sus brazos hacia atrás, pero ella no pudo debido a que la cama no era suficientemente larga para albergar ciento ochenta centímetros de estatura. Si colocaba sus brazos hacia atrás, sus manos chocaban inmediatamente con la pared de madera barata del cubículo.

De pronto, en un acto impulsado más por el desconocimiento del código de las meretrices que por una nostálgica lujuria, Gesualdo se sacó los lentes johnlennones e intentó besar la boca de la puta que no tenía ni un pelo de triste.

—Ni así me pagues en euros —dijo ella expulsando a su cliente del cuarto y de la fantasía que él había estado creando.

91

Gesualdo entrega a Simone Perec una pequeña caja de madera que contiene cuatro relojes de arena perfectamente unidos.

—*Madame*, debido a que mañana se va, quería darle un pequeño presente.

—¿Qué es eso?

—Ya que usted está administrando el anticuario de su esposo, quería obsequiarle esto. Es posible que resalte en su escritorio.

—Es muy hermoso —responde ella desarmada ante el gesto—. ¿De dónde lo sacó?

—Es de una colección familiar.

—No sabía que por acá se coleccionaban estas maravillas. ¿De qué año data?

—1850. Es de Bretaña. Mi bisabuelo italiano lo consiguió en uno de sus viajes.

—Cada uno mide un cuarto de hora —dice Simone tomando nota del quebrado en la parte inferior de cada ampolla ($\frac{1}{4}$ se lee en tinta roja).

—Los abogados usaban esto en la corte para cronometrar la duración de los discursos.

—Gracias, joven.

—También quería entregarle esto. Es el diario de viaje de Juliette. Creí que usted deseaba saber cómo habían sido sus días en estas tierras. También habla de los lugares que visitó en Colombia antes de recalar acá.

Son sus impresiones sobre la gente, la comida, los lugares... Le va a gustar. Hay algunas partes en las que habla de usted.

—Muchas gracias —dice ella en español.

92

Tres días después de la partida de Simone y Maurice, el creativo se sorprendió a sí mismo, en su burbuja de aire acondicionado, redactando cartas sucintas para la novia desaparecida. Hasta que once meses después empezaron a rebotarle las misivas que mandaba a esa dirección electrónica que terminaba en *yahoo.fr*. Fue entonces cuando empezó a entender que ella había dejado de respirar inclusive en el espacio cibernético.

Maurice, en cambio, duró ocho meses más. Durante sus últimas semanas de vida, su cruzada médica en la búsqueda de una terapia genética para curar el IFF se intensificó. Gesualdo recibía cadenas de correos electrónicos que daban cuenta de esa labor imposible. La mayor parte de ellos tenía que leerlos con un diccionario de francés como apoyo, sobre todo cuando se trataba del metalenguaje médico. La última epístola electrónica del doctor Piccoli tenía como *subject* una línea de Shakespeare: *To die, to sleep, no more*.

93

Cuando llevaba doce años de casado se encontró con una joven británica justo en el santuario imaginario que él había construido en la esquina donde vio a Juliette por vez primera. En esta ocasión fue la turista la que clamó por ayuda. Ni siquiera el escote provocativo, la faldita de seda, el cuerpo de violonchelo, la piel bronceada y brillante lograron convencerlo. Cual si fuera un maniobrador de un movimiento de tauromaquia, Gesualdo se las ingenió para que la salida que iba a ejecutar no se viera como un desplante. Fingió no saber la dirección del hotel al que ella necesitaba llegar. Un chico desesperado por participar en la faena estaba a tres metros y medio de distancia esperando el menor descuido para entrar en el ruedo. Fue el mismo Gesualdo el que invitó al tercer vértice a la arena:

—Oiga: ¿usted sabe dónde queda el Hotel Nadir?

—Claro.

—¿Y sabe inglés?

—*So, so.*

En los ojos de la extranjera había un disimulado desazón por no haber obtenido el guía que ella quería en ese momento.

—No confíes en los extraños —habría querido decirle a la chica inglesa, pero la frase era realmente para Juliette Péc.

94

Su esposa y sus hijos nunca llegarían a saber la verdad, ni siquiera sus amigos más cercanos. Era como si ocultara una mentira, algo que no terminaba de creer totalmente. A su compañero de trabajo Absalón, el más fiel compinche (alguien a quien conocía desde el colegio), le entregó un paquete con unas fotos y unos papeles. La pequeña ficción estaba a salvo. Las únicas pruebas de la existencia de Juliette estaban en poder de alguien que simplemente había recibido un encargo misterioso:

—¿Podrías guardarme esto por un tiempo?

—¿Qué es?

—Nada. Tan sólo unos papeles.

Eso fue antes de que Gesualdo contrajera matrimonio.

Con el tiempo la encomienda fue olvidada. Así los meses y los años, así los años y los días. Cuando las personas que están conectadas a esta historia dejaron de respirar, el paquete fue encontrado detrás de un viejo reloj de pared y fue abierto sin ceremonias. Doce pequeñas cartas, tres postales, cuatro notas, dos boletos de cine y de dos exposiciones de arte, ocho fotografías, tres libros dedicados en francés, aparecieron y empezaron a circular de mano en mano. Un día aterrizaron en mi escritorio y fue como si una bomba de tiempo estallara en mi cabeza.

Aún sigo recogiendo los fragmentos.

95

Esta novela-reloj es concluida en la noche de la más perfecta simetría. Son las 21h12 del 21 de diciembre del año 2112. Es una hora redonda aquella en la que este cronista del trópico concluye su novelar. La última vez que hubo una hora palíndroma fue hace más de un siglo: las 20h02 del 20 de febrero del año 2002, fecha en que murió Claude Péc.

96

A Gesualdo se le descompone su reloj *Fossil* (antes tenía uno de marca *Omega*). Se ha detenido, sin explicación previa, como sucederá con el corazón de Juliette, como va a pasar con el reloj del Big Ben en Londres treinta y seis meses después. La gran

diferencia radica en que el reloj cardíaco de la joven aspirante a sicóloga jamás volvería a funcionar; el monumento inglés tardará noventa minutos en ser reparado. El creativo publicitario siente que el dios Cronos se ha fosilizado en su pequeño instrumento. No puede ser que un concepto tan grande e incomprensible como el tiempo pueda caber en algo tan pequeño. En esto piensa nuestro personaje al dirigirse a un almacén de relojes *Fossil* para que revivan sus horas.

97

Estas líneas deben avanzar en sentido contrario al de las manecillas del reloj. No hace falta que los hechos sigan dilatándose y se expandan como si quisieran ser partes de una novela que nadie necesita leer. Sólo cuando el punto final llegue en este relato, Juliette y Gesualdo dejarán de existir. Vivirán entre estos párrafos extraviados en cualquier ciudad parecida a ésta, perdidos en la traducción o en la traslación hacia otra historia menos truculenta.

98

El gesto final que Simone tuvo hacia el latino asombró tanto a Gesualdo como a Maurice. Ella había traído desde Rennes un lécito que Claude había conseguido arrebatar a un comerciante griego. En el interior de esa pieza antiquísima tenía guardadas cenizas de su esposo mezcladas con las de Juliette y Julien. El puñado de huesos perfectamente triturados que no cupo en el lécito, fue a parar a manos del coleccionista de relojes de arena.

—Le doy estas cenizas porque ya no alcanzan en el vaso griego —dijo Simone intentando justificarse, mientras extendía una pequeña funda de plástico. Cuando el diseñador gráfico la agarró, sonrió agradecido, constatando la ausencia de equipaje de mano en la dama bretona. Sólo cargaba el lécito. Una frase le permitirá pasar rápidamente el hostigante interrogatorio en la zona de migración:

—Aquí adentro están mis hijos y mi esposo.

99

Simone y Gesualdo se dan un apretón de manos en el aeropuerto, en una cercanía que nunca se repetirá entre ellos.

El doctor Piccoli lo abraza con gratitud pero sin dejar a un lado la ironía:

—Necesitas dormir. Corre a casa a descansar.

El creativo devuelve la pelota con una antífrasis:

—Tú también. Felices sueños, *mon ami*.

Después de dejar a los condolientes en el puerto de los aviones, Gesualdo corre hacia su apartamento, desarma el reloj de arena (el mismo que él le había regalado a Juliette) y cambia su contenido por la ceniza.

Este ritual lo hace en el rincón de los relojes antiguos y por primera vez en días logra dormir profundamente.

100

Algunas preguntas flotan insomnes al final de esta novela-reloj: ¿Tiene memoria una persona que ha dejado de respirar? ¿Cuánto se demora un recuerdo en llegar al rigor mortis? ¿Cuántos días, meses o años le toma a una persona convertirse en un cadáver de la memoria? Son interrogantes que el catador de arenas se hace cada vez que voltea el reloj con las cenizas que miden el tiempo. Su tiempo.

Ayangue, septiembre de 2010

*If i caught the world in an hourglass
Saddled up the moon and we would ride
Until the stars grew dim
Until the time that time stands still*
Sting

BIBLIOGRAFÍA DE ARENA

El libro del reloj de arena de Ernst Jünger (Tusquets, Madrid, 1998)

Colección de arena (Siruela, Madrid, 2001) de Ítalo Calvino.

Microcosmos (Barcelona, Anagrama, 1999) de Claudio Magris.

El reloj horizontal (Ediciones Destino, Barcelona, 2000) de Christopher Wilkins.

The Family that Couldn't Sleep: A Medical Mystery (Random House, Nueva York, 2006) de Daniel T. Max

«El insomnio familiar letal se concentra en el País Vasco» de Marta Espar, publicado en Diario El País (27 de enero de 2009).

«Morirán por no poder dormir» de Paco Rego, publicado en El Mundo (6 de septiembre de 2009).

«La peste de la memoria en Antioquia» de Francisco Lopera Restrepo. Publicado en forma de folleto por la Revista *Legado del Saber*, N° 3 (Medellín, Universidad de Antioquia, septiembre de 2002).

«La mutación paisa del Alzheimer: La peste de la memoria» de Dominique Rodríguez Dalvard. Revista *Número*, N° 38. Año 2003. Págs. 50-55.

Acta neurológica colombiana, Vol. 14, N° 3, págs. 148-156. Julio de 1998. Autores: Francisco Lopera Restrepo y Jorge Calle Bernal.

«Prión: Un Agente Infeccioso que causa conmoción en la comunidad científica» de Claudia Céspedes. Acta Odontológica Venezolana. Vol. 41. N° 1. 2003.

«Morir de insomnio» de Rubén Amon. Diario El Mundo. Suplemento Crónica N° 385 (Domingo 2 de marzo de 2003).

«Family battles fatal insomnia (Genetic mutation inflicts rare disease through generations)» de Dennis Murphy. Dateline NBC (14 de enero de 2005).

«El insomnio familiar fatal es un candidato claro a la terapia génica». Cable de la agencia EFE (6 de julio de 2000).

«What is Fatal Familial Insomnia», ensayo de Ann M. Akroush disponible en el dominio virtual *Sleep Aid Guide*.